

HOMO STELARIS

PETER KAPRA

PETER KAPRA

HOMO STELARIS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

PORTADA: **C. PRUNÉS**

Primera edición - Julio 1972

Depósito Legal: B. 27.594 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

«Harry Stine, al trazar la curva de la longevidad, descubrió un hecho sorprendente: ¡los niños que nazcan a partir del año 2000 tienen muchas probabilidades de no morir nunca!»

CAPÍTULO PRIMERO

Luis Colman era un hombre de suerte. Su nombre fue elegido, entre más de diez mil aspirantes, para dirigir el mando de la más hermosa expedición cósmica jamás emprendida por el hombre.

¡La cosmonave fotónica «Sustra-Kamac» estaba a punto de emprender el viaje a las estrellas, en un espectacular salto astronómico, donde parecían haberse compendiado todos los adelantos de la ciencia del siglo XXIV!

Las enormes pantallas diódicas de T.V., en todos los rincones de los cinco mundos, hablaban incansablemente, desde hacía varios años, de aquella expedición científica en busca de la cuna de todas las civilizaciones. «¡El hombre volverá a sus orígenes!» «¡Esta próximo el regreso al mundo de donde salieron nuestros antepasados hace mil millones de años! ¡La "Sustra-Kamac" contempla las estrellas desde su rampa electromagnética del legendario cosmódromo de Baalbeck, en el Antilíbano!»

Y el héroe de tan colosal proeza, Luis Colman, se hizo planetariamente famoso. ¿Quién era aquel cosmonauta? ¿De dónde había surgido? ¿Dónde nació? ¿Qué había hecho hasta entonces?

Desde que los ordenadores eligieron su nombre, los medios informativos se dedicaron a divulgar la fabulosa personalidad del jefe innato, del sabio-héroe, narrando, como jamás había sido hecho, una increíble y maravillosa biografía.

«Luis Colman nació en el balneario «Crom», de Nerja, el seis de abril del año 2279. Tenía, pues, 36 años. Era hijo de Arthur Colman, un famoso explorador de Júpiter ya fallecido, y de Luisa M.ª Cambra, eminente doctora de Biología por la Universidad de Málaga, y colaboradora del profesor Clint O. Miller, descubridor de la «Fórmula 10».

»Hijo de astronauta y científico, Luis Colman es la continuidad del saber y la audacia, el valor y la integridad, la responsabilidad y la firmeza. Graduado con altos coeficientes intelectuales por encima de diez grados en todas las especialidades de la ingeniería espacial, se le considera el número uno, no sólo de su promoción, sino de todas las anteriores a la suya.

»Estudió en la Universidad de Madrid y cursó estudios tecnológicos superiores en Moscú y en Connecticut. Por tanto, es licenciado en ingeniería astronáutica, psiónica, exobiología, medicina neuropsiquiátrica, radioastronomía, filología y psicología.

»Entre sus aficiones se contaban casi todos los deportes viriles, desde el fútbol a la natación, pasando por la hípica, el tenis, la esgrima, el montañismo. Había escrito libros de ciencia y navegación espacial, como tesis de doctorado, que tuvieron relevante éxito. Era, sin género de duras, el hombre joven e ideal para dirigir la «Sustra-Kamac» hacia su destino, allá en la remota región de la Galaxia M31, de la constelación de Andrómeda.

De Luis Colman se decían muchas más cosas. Todos los niños en edad escolar le consideraban un héroe. Las mujeres le adoraban y se habían

producido casos de histerismo increíble, cuando apareció en las pantallas diódicas y se expresó en un lenguaje corriente, amable, simpático y convincente.

Los hombres le envidiaban. Casi todos veían en él a un jefe nato, enérgico, sabio y prudente. Se le comparó a Ulises, a Alejandro, a Aníbal, a Colón y a otros.

Sin embargo, Luis Colman era un hombre muy humano, muy sencillo, honesto y cordial. Así lo dejó bien patente en una rueda de prensa, celebrada ante las cámaras de la T.V. interplanetaria, frente a cincuenta acreditados periodistas, antes de salir para Baalbeck.

Más de diez mil millones de espectadores contemplaron, en esta ocasión, al célebre personaje, que apareció en la pantalla vestido con un peto blanco, ajustado a su atlético pecho, pantalón corto y botas de «poliglás» transparentes, con suelas de rodio flexible.

Su corto cabello rubio, casi blanco, estaba dividido por una raya sobre el lado izquierdo de su cabeza. Usaba receptores ajustados a las orejas, desprovistos de cable, para poder escuchar a los periodistas más alejados de él, y se sentó en la butaca preparada para la entrevista con el aplomo de un regidor cantonal.

El presentador más famoso de la T.V. interplanetaria, Harry Sheel, fue el encargado de acoger a Colman con un discreto y simpático aplauso, acompañándole acto seguido a la butaca. Luego, volviéndose a las cámaras, dijo:

—Amigos míos, éste es Luis Colman, el hombre elegido para vivir mil años, el jefe de la «Sustra-Kamac» y el destinado a establecer el contacto con los legendarios dioses que, hace entre veinte y treinta mil años, vinieron a la Tierra y dejaron a los seres de los que descendemos nosotros.

»Todos estamos seguros de que se ha elegido a un hombre idóneo. Sin embargo, por si alguien todavía tiene dudas sobre su capacidad, ha venido hoy aquí a responder a las sagaces preguntas de los cincuenta mejores entrevistadores de la información interplanetaria.

Al terminar de decir esto, Harry Sheel se volvió al personaje.

—¿Cómo te encuentras, Luis?

—Perfectamente —replicó el aludido con una sonrisa, guiñando a la vez sus ojos grises ante los potentes focos.

—¿No temes a las preguntas que van a formularte mis incisivos y penetrantes colegas?

—En absoluto. Estoy encantado de poder responder a todos. Lo que haré con honestidad y sinceridad. Sin embargo dudo que en las dos horas previstas pueda extenderme lo suficiente para satisfacer a todos.

—Hemos establecido un orden riguroso —aseveró Sheel, consultando las notas que tenía ante sí—. Por tanto, sin más preámbulos, iniciamos la rueda de prensa. Tiene la palabra Walt Hubble, redactor de «Science Astronómique», tan conocido de todos que huelga la presentación.

La cámara sincronizada mezcló la imagen de Walt Hubble con la de Luis Colman, pareciendo que ambos se encontraban frente a frente.

—Yo no estoy de acuerdo con la teoría de que nuestros antepasados vinieron de la Galaxia M 31 —empezó diciendo el famoso redactor científico —. Para mí, Swindle y sus seguidores se equivocan con respecto al origen del hombre. ¿Qué puedes decirnos al respecto, Luis Colman?

—El mensaje radioastronómico captado en Kantville, y que fue descifrado por el Grupo 9, de la Universidad de Columbia, no ofrece lugar a dudas, pese al tiempo que ha estado viajando por el cosmos hacia nosotros. Yo lo he comprobado.

—¿Esperas encontrar las huellas de nuestros antepasados en algún mundo de la constelación de Andrómeda? —preguntó una corresponsal de la Cadena Marte-2.

—Tal vez no, Aileen —contestó Luis Colman, cuya prodigiosa memoria le permitía retener los nombres de todos los que se encontraban allí presentes —. Espero que lo hagan nuestros descendientes. La «Fórmula-10», con la que hemos sido tratados todos los miembros de la expedición, para vivir más de mil años, no será suficiente. Pero, unida nuestra labor a la que realicen nuestros hijos y nietos, permitirá a la humanidad conocer, algún día, ese fascinante origen.

Marcus Woods, corresponsal de «BH. News», hombre incisivo y penetrante, preguntó en tercer lugar.

—Veamos, Luis Colman —empezó diciendo—. Sabemos que eres casi un superhombre, un ejemplar perfecto de «homo stelaris», como suele decirse. Nadie como tú posee tantos conocimientos científicos y técnicos según ha quedado sobradamente demostrado. Y se supone que, mientras dure tan largo viaje, aprenderás muchas más ciencias todavía.

»Gracias a la fórmula descubierta por el profesor Clint O. Miller, con el cual colaboró tu propia madre, vas a disfrutar del privilegio extraordinario de prolongar tu vida y la de tus compañeros, en diez veces más de lo normal, mientras que todos nosotros continuaremos siendo mortales, del tipo corriente, hasta que la «Fórmula-10» sea de aplicación general, con lo que nuestros antepasados, en el Más Allá, se sentirán un poco defraudados.

La atención de todos los espectadores se iba centrando profundamente en la deliberadamente larga exposición del agudo Woods, mientras que Luis Colman escuchaba atentamente, con una sonrisa en los labios.

—Por estos privilegios —siguió diciendo el corresponsal de «BH. News»—, estás ahora gozando de la atención de más de diez mil millones de espectadores, la mayoría de los cuales piensan en que los ordenadores, al elegirte como jefe de la «Sustra-Kamac», se basaron en lo realizado por tu padre y tu madre...

Harry Sheel se vio en la necesidad de intervenir, con un gesto vivo.

—Lo lamento, Marcus. Tu exposición es demasiado larga y tendenciosa.

—Yo también lo lamento, Harry —replicó el otro—. Pero ésos son los

hechos. Deseo que Luis Colman responda con sinceridad. ¿Se cree un «homo stelaris» por lo que es o por la ayuda que ha recibido, sea hereditaria o extra personal?

—De ti no podía esperar una pregunta fácil, querido Woods —contestó Luis Colman, sin vacilar—. Lo sé y lo saben también todos tus oyentes. Antes de presentarme aquí, he recibido numerosas advertencias contra ti. «¡Cuidado con el sagaz Marcus Woods, Luis!», me han dicho todos. Y yo me he preguntado: «¿Cuidado? ¿Por qué? ¿No está cumpliendo un deber, en su trabajo, como hago yo en el mío? ¿Qué puede preguntarme que yo no pueda o deba responder?»

»Voy a decirte, con mi mejor disposición de ánimo: Ignoro si hay alguien mejor dispuesto que yo para este viaje. Pero sospecho que hay muchos que son mejores. Los ordenadores me han elegido a mí. ¿Qué puedo decir? Me siento halagado por ello. Mentiría si dijera lo contrario. ¿Qué ha pesado el nombre de mi padre y de mi madre? Sin duda. Supongo que para optar a un cargo en la «BH. News», tener un apellido como el tuyo debe ser un privilegio. Por suerte, para el continuo desarrollo de la humanidad, hacemos falta todos; tú, como informador, y yo, como responsable de la «Sustra-Kamac».

Esta hábil y sagaz respuesta dejó satisfecha a la mayor parte de la audiencia y se oyeron aplausos incluso dentro del estudio. Luis Colman sabía estar en su sitio, no molestó siquiera a Woods y salvó un escollo importante.

Se le hicieron otras muchas agudas preguntas, a las que dio no menos adecuadas contestaciones, hasta que le tocó el tumo a una muchacha joven y desconocida de la mayoría, que representaba a una revista universitaria.

Harry Sheel pronunció su nombre con dificultad:

—La señorita Ariana Oder Stein, de la revista universitaria «Uskrapav».

La joven se puso en pie. Llevaba escrita su pregunta. Su rostro y su figura, sin embargo, se ganaron la simpatía inmediata de cuantos la vieron surgir en las pantallas diódicas de los cinco mundos.

Sin lugar a dudas, era una escultura viviente, maravillosamente modelada, de semblante fascinador, ojos grandes, hechiceros y sugestivos y una boca que llamaba poderosamente la atención.

También su modo de hablar resultaba agradable y sugerente:

—«Uskrapav» ha realizado una encuesta entre los universitarios de Oriente y son tres las preguntas que la juventud desea hacer al universalmente famoso Luis Colman. Como son breves, las expondré por separado:

»Primera: ¿Formarán una nueva civilización los tripulantes de la «Sustra-Kamac»?

»Segunda: ¿Llegarán a su destino?

»Tercera: ¿Hay entre la tripulación algún representante de la juventud?

Luis Colman contestó con su proverbial sencillez:

—Es muy posible que, corriendo los siglos, nuestros descendientes formen una nueva civilización en cualquier mundo lejano. No sabemos

siquiera cuál es nuestro destino, salvo que nos dirigiremos hacia la Galaxia M 31, en la constelación de Andrómeda. A la tercera pregunta voy a dar dos respuestas. Sí, hay representantes de la juventud entre los miembros de la tripulación. El promedio de edad está en veintiséis años y hemos elegido orientales, occidentales, septentrionales y meridionales.

»Mi segunda respuesta a la tercera pregunta es: carecemos de un digno representante de la auténtica belleza femenina. ¿Quiere la corresponsal de la revista universitaria «Uskrapav», señorita Ariana Oderstein, unirse a la tripulación de la «Sustra-Kamac» y emprender el viaje con nosotros hacia las estrellas, en busca de los orígenes de la humanidad?

En medio del murmullo de los cincuenta representantes informativos no se pudo oír la respuesta de la joven. Sólo los técnicos de sonido y el propio Luis Colman, por medio de sus auriculares, pudieron escuchar:

—¿Habla en serio? ¡Oh, daría mi vida mil veces por ir!

* * *

La madre de Luis Colman fue la única que captó el sentido recóndito de la pregunta de su hijo a la señorita Oderstein. Y su corazón de madre se llenó de gozo. Aquella había sido la mayor inquietud desde que Luis resultó elegido jefe de la expedición a la eternidad, porque nadie esperaba volver a ver a los viajeros, al menos, en este mundo tridimensional.

Y, para la madre, aquella pregunta significaba muchísimo. Era todo.

Su hijo llevaría consigo una mujer extraordinariamente bella. Esto era más que suficiente. Luis jamás se habría casado. Incluso pensaba irse soltero. La continuidad de su estirpe le había preocupado poco, a pesar de los ruegos de su madre y del profesor Miller, quienes le suplicaron eligiera una chica, honesta y se casara antes de emprender el viaje.

»—Tu esposa te acompañará —había dicho Clint O. Miller.

Sin embargo, él rehusó siquiera hablar del asunto. Lo más que insinuó fue la posibilidad de unirse a cualquiera de las muchachas elegidas para formar parte de la tripulación, puesto que tendrían tiempo, en su prolongado viaje, de entablar relaciones íntimas.

Pero en la transcendental entrevista ante las cámaras de T.V., Luis Colman había dicho algo inesperado y de un efecto tremendo. Para todos los oyentes, fue un impacto ver a la joven corresponsal de «Uskrapav», cuya singular belleza cautivó en el acto. La invitación de Colman, a su vez, fue mucho más elocuente.

Los asesores de Luis Colman, hombres de la ciencia, la política, las finanzas y la religión, se sorprendieron de lo que consideraron como «fuera de programa», «inédito e imprevisto», «¡absurdo!» y hasta «de incalculables repercusiones».

Sin embargo, al terminar la conferencia de prensa Luis Colman tomó a Ariana Oderstein del brazo y se encaró con los asesores.

—No quiero que me digáis nada. He visto a Ariana, le he pedido que

venga conmigo y me ha dicho que sí. De todo lo demás os encargaréis vosotros. Ella ha de estar en Baalbeck dentro de un mes. Yo me ocuparé de que le sea administrada la «Fórmula 10».

—¡Esto es una locu...! —empezó a decir Michel Ambardée, asesor de Relaciones Públicas—. ¡Nadie esperaba escuchar mayor insensatez!

—Por favor, Michel —replicó Luis—. Tú te quedarás aquí cuando yo me haya ido. Dentro de algunos años, nadie se acordará de nosotros. Pero sé que estaremos navegando por el cosmos y ya no podré volver a elegir una muchacha bonita entre mis coterráneas. La elijo ahora, que todavía estoy a tiempo.

—¿Piensas casarte con una muchacha a la que no conoces? —preguntó otro.

—No os precipitéis. Nadie ha hablado de boda —contestó Luis—. Sólo la he invitado a venir y ella ha aceptado. De todo lo demás tendremos tiempo más que suficiente para hablar durante los mil años que, según Clint O. Miller, nos quedan por vivir.

»Ahora, disculpadme. Quiero hablar con Ariana en privado. No deseo que surjan inconvenientes. Me dieron opción para elegir cinco personas y no me he tomado atribuciones que no me corresponden. Si Ariana salva las pruebas, vendrá conmigo. ¿No os parece una digna representación del género femenino?

La joven estaba tan aturdida por el acontecimiento inesperado, que apenas había podido reaccionar. Era maravilloso y extraordinario lo que había sucedido en unos instantes. Ella acudió a la conferencia de prensa para hacer sus preguntas, no para llamar la atención del famoso Luis Colman. Y, de pronto, se encontró en el mismo centro de la fama, con un nombre para escribir en la historia, elegida personalmente por él y sacada del anonimato del modo más espectacular que podía darse, ¡delante de más de diez mil millones de espectadores de cinco mundos!

Aunque Ariana Oderstein no pudiera pasar las pruebas establecidas para el personal que componía la tripulación de la «Sustra-Kamac», su fama ya no la eclipsaría nadie. La habían visto miles de millones de seres, la habían admirado por su belleza y había sido centro de la atracción mundial.

Pero más que gloria, dinero y contratos, Ariana quería escribir su nombre en la historia. Muy poca gente habría rechazado emprender aquel viaje que ya significaba vivir mil años, o sea diez veces más que los demás mortales. Luego, con los continuos avances de la ciencia, posiblemente significaría la vida eterna. Y si se producía el milagro del regreso, en algún siglo futuro, aunque hubieran transcurrido millones de años, ella seguiría siendo joven, extraordinariamente sabia y tendría la posibilidad de ver cosas que sólo a los elegidos estaba permitido.

Cuando abandonaban el edificio de la T.V. interplanetaria, a bordo de un platíbolo magnético, Luis dijo a Ariana:

—Sinceramente, ninguna mujer me ha impresionado tanto como tú.

¿Puedo aspirar a ser tu amigo y luego, de convenirnos a los dos, a unir nuestras vidas?

—Sería como si un increíble sueño se convirtiera en realidad —replicó ella, extasiada.

CAPÍTULO II

El profesor Clint O. Miller, sonriendo, preparó la aguja hipodérmica para inyectar a la joven Ariana Oderstein. Se encontraban, junto con Luis Colman y la madre de éste, la doctora en Biología Luisa M.ª Cambra, en el laboratorio secreto más protegido de la Tierra, en un lugar que sólo conocían seis o siete personas, a lo sumo, entre toda la humanidad. Allí, en una cámara de múltiples paredes de iridio, se guardaba la famosa «Fórmula 10», cuyo líquido anaranjado iba a ser inyectado en las venas de la hermosa muchacha.

—Hay muchas personas que pagarían verdaderas fortunas por estos tres centímetros cúbicos de «XXX» —habló Luisa M.ª Cambra, dirigiéndose a Ariana, mientras se apoyaba en el brazo de su hijo.

La madre de Luis Colman era una hermosa mujer de cincuenta años, bien conservada, alta, morena y de expresión inteligente. A su gracioso porte, pese a la edad, añadía la sencillez de una científico.

—Realmente no hay dinero en el mundo para pagar la «Fórmula 10», querida —añadió el sonriente y amable hombre de ciencia, a la vez que frotaba, sobre la vena del brazo de Ariana, un tubo de rayos asépticos—. Nos ha costado muchos años de trabajo conseguir los doscientos cincuenta gramos necesarios para todos los tripulantes de la «Sustra-Kamac»... Voy a pincharte.

Ariana Oderstein sonrió y cerró instintivamente los ojos. La aguja de platino se hundió en su piel. Clint O. Miller, mientras inyectaba, prosiguió:

—Pasarán bastante años hasta conseguir otra cantidad igual. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Cabe la posibilidad de que la medicina o la cirugía encuentre el medio de prolongar la vida de toda la humanidad, antes de que nosotros, con las semillas de la *bulba amaris*, que sólo es aprovechable una cien milésima parte, aunque tenemos una enorme extensión de cultivo, podamos obtener la suficiente «Fórmula 10» para unos cientos de seres.

»No empleamos únicamente la *bulba amaris*, sino partículas de hidrógeno superpesado, que obtenemos en los enormes ciclotrones de varios importantes laboratorios nucleares.

»¡Ea, ya está!... ¿Te ha dolido?

Ariana sacudió negativamente la cabeza.

—Siéntate. Ahora te producirá un breve mareo. Nada importante... Como te decía, éste es muy valioso. Tanto, que ni siquiera nosotros, Luisa María y yo, podemos inyectarnos.

—Se preparó para los tripulantes que vendrán con nosotros a la Galaxia M 31 —habló Luis, acercándose a la joven—. Así lo dispuso el Consejo Científico Mundial. Cien personas emprenderán ese viaje. Tú serás una de ellas.

»Suponemos que podremos vivir durante mil años aproximadamente. Durante ese tiempo, viviremos en el espacio, navegando hacia Andrómeda, estudiaremos nuevas ciencias, investigaremos, superándonos en todo lo que podamos. No vamos a ser, dentro de algunos siglos, igual que ahora. Quizá

descubramos cómo producir más «Fórmula-10» por otros procedimientos.

»Pensamos establecer un pequeño mundo viajero, dentro del cual iremos creando nuevas vidas. Nuestros hijos nos relevarán con el paso del tiempo, mientras la nave sigue su rumbo.

»Aquí, en el Sistema Solar, irán cambiando las generaciones. Pero la estación de Kantville permanecerá siempre a la escucha, para recibir nuestros mensajes y mantener contacto con nosotros continuamente.

Ariana sintió un aturdimiento y dijo:

—Parece que se me va la cabeza.

—Es normal. No te inquietes —habló la madre de Luis—. Me alegro mucho de que mi hijo te haya elegido para acompañarle.

—Ariana será la cronista más importante de la navegación cósmica —dijo Luis, con orgullo.

—Sois todos muy buenos conmigo... Parece que ya se me pasa. ¿Me acompañarás a Bashkir, para despedirme de mi familia, Luis?

—Sí, iremos esta noche en el platíbolo. Mañana hemos de estar en Baalbeck, para tu presentación a los expertos. Ya están enterados de todo, por supuesto. Pero te han de someter a varias pruebas sin importancia. El reconocimiento que te ha hecho mi madre es el más importante.

—Eres una muchacha sana, Ariana —declaró Luisa M.ª Cambra—. Y tu grupo sanguíneo es adecuado. Cuando os caséis, sé que darás hijos sanos a Luis.

Ariana se ruborizó. No hacía veinticuatro horas que, públicamente, la invitó Luis Colman a viajar con él al hiperespacio y ya le hablaban de matrimonio. Su vida, desde luego, había sufrido un cambio radical e inesperado.

Sin embargo, se sentía muy halagada por todo. Y orgullosa del cablegrama que le había enviado el Presidente de la Asamblea Oriental, Andrei Valisiev, nombrándola «asambleísta honoraria» y prometiéndole erigirle una estatua en el Museo de Historia de Moscú. Terminaba diciéndole que, personalmente, antes de la partida, condecoraría a Ariana con el collar de diamantes de Heroína Occidental Máxima.

No obstante, algo inquietaba a la joven. Todo resultaba demasiado hermoso y extraordinario para que pudiera ser cierto. Algo podía fallar en el último instante, aunque ya sintiera en sus venas el líquido vivificador que prolongaría su vida de modo inimaginable.

Pensaba, ante todo, en Luis Colman. Le encontraba adorable, magnífico, soberbio. Y creía que cualquier mujer, por muy exigente que fuera, se sentiría orgullosa de haber sido elegida para tan alto e importante destino.

Mas Ariana Oderstein poseía un corazón romántico y soñador. Era una debilidad secreta, inconfesable para la época en que vivía, y siempre había soñado, no con hombres de tan sugestivo y atrayente poder como Luis Colman, sino más sencillos y humildes, pero que fueran capaces de amarla de modo tierno y cariñoso, y no se sintieran atraídos por su llamativa y

espectacular belleza.

Luis se lo había dicho la víspera, después de la cena, en casa de él, en las proximidades de Málaga, frente al mar, acodados en la barandilla de su encantador chalet.

«—No sé qué he sentido al verte, Ariana. Ha sido una jugada inesperada del destino, iba a irme sólo, confiando en hallar comprensión y simpatía en algún miembro femenino de la tripulación.

»Pero tu figura apareció de pronto ante mí y me deslumbró. Jamás creí que pudiera existir mujer alguna tan bella como tú. Sé que has causado sensación en muchos lugares.

«—La belleza no lo es todo, Luis —había contestado ella, algo decepcionada—. Me gusta la profesión de escritora. He leído a muchos maestros de la literatura y soñaba con ser una consagrada, al correr del tiempo. Pero jamás creí que yo pudiera escribir las crónicas de la «Sustra-Kamac» para las generaciones futuras.

Él no le habló de amor. Quizá no sabía expresarla, o no podía. Una palabra de ternura íntima, a través de la que ella pudiera vislumbrar los sentimientos de su alma grande y maravillosa, habría causado el efecto deseado.

Él podía elegir a cinco personas más. Ella era una. La señaló públicamente, ante las cámaras de la T.V. interplanetaria. Luego, días después, elegiría a los otros cuatro, que serían gente sencilla, y no científicos y técnicos, como los que ya componían la dotación de la nave espacial.

En total, cien personas abandonarían la Tierra, para no volver jamás, a bordo de la inmensa nave, que, como palacio cósmico, enviaban los sabios terrestres en busca del testimonio fidedigno acerca de los orígenes de la humanidad,

¡Era una epopeya grandiosa, increíblemente fantástica y de consecuencias universales! Todos los componentes de la expedición formaban ya, desde el momento mismo de ser elegidos, parte de la historia de la Humanidad.

Y para realizar el transcendental viaje, toda la tripulación había sido inyectada con la «Fórmula 10», descubierta por el famoso profesor Clint O. Miller, a fin de que vivieran, al menos, el tiempo suficiente para llegar a la Galaxia M 31, entre cuya infinidad de mundos debían buscar las huellas de los cosmonautas que, según el arqueólogo y paleontólogo inglés, Lucius Swindle, llegaron a la tierra cien siglos antes del apocalíptico hundimiento de la Atlántida.

* * *

Ariana Oderstein ignoraba que un joven estudiante de ingeniería nuclear, un futuro físico si no se torcía su carrera, la amaba en secreto desde hacía tiempo. Su nombre era Ian Jansky.

Y su carrera se torció definitivamente al ver en las pantallas de televisión, como el famoso Luis Colman invitaba a la mujer de sus sueños a formar parte

de la tripulación de la astronave fotónica con destino a la constelación de Andrómeda.

Sintió el joven que su vida carecía de sentido. Él no podía luchar contra lo imposible, aunque hubiera hecho lo imposible por conquistar el corazón de Ariana.

Y cuando supo que ella aceptaba convertirse en Heroína Occidental, el alma se le cayó a los pies y un gran deseo de morir se apoderó de su mente.

Tal y como lo pensó, lo hizo. Tomó un frasco subrepticiamente en el laboratorio de química y se lo escondió en un bolsillo. Luego, a solas en su cuarto empezó a escribir una carta, confesando los motivos de su desesperación —carta que luego rompió y rasgó en varios pedazos, arrojándola al suelo—, y luego ingirió una dosis suficiente de veneno como para morir en pocas horas.

Su intento no se consumó. En el laboratorio de química, alguien encontró a faltar el frasco fatídico. Inmediatamente, informó al jefe de material, quien, ante la responsabilidad que la pérdida del veneno significaba, hizo indagaciones en el acto, sacándose en consecuencia, por las declaraciones de varios testigos, que sólo Ian Jansky había podido tomarlo.

Las autoridades universitarias actuaron con toda rapidez. Fueron al cuarto de Ian, llamaron insistentemente, sin obtener respuesta, y temieron lo peor. Al derribar la puerta, encontraron al muchacho tendido en su litera, con los ojos cerrados, pero vivo.

Inmediatamente, fue trasladado al Centro Médico, donde lograron administrarle a tiempo un antídoto que le salvó la vida. Luego, fue interrogado acerca de su decisión, a lo que él respondió:

—No quiero vivir... ¡Dejadme morir en paz! ¡Si ahora no lo he conseguido, lo intentaré otra vez, y hasta mil veces, si fuera preciso!

Éstas fueron las noticias que comunicaron a Ariana Oderstein, cuando, acompañada por Luis Colman, llegó a Bashkir, lugar de residencia de ella y donde vivía su familia.

La joven se enteró también de algo que venía sospechando desde hacía tiempo: Ian Jansky la amaba, aunque nunca se lo dijo. Habían sido buenos amigos. Nada más.

—¡Tengo que ir a verle, Luis! —exclamó Ariana—. ¡Pobre Ian! ¿Quién podía suponer que yo, involuntariamente, había de provocar este acto irreflexivo?

—Sí. Iremos a verle al hospital. Te pregunté si había algo que te retuviera en este mundo y me dijiste que no.

—¡Yo ignoraba que Ian sintiera hacia mí...! ¡Oh, Luis, créeme! ¡No te he mentido! ¡Puedes preguntar a mi familia, en la Universidad, en la redacción de la revista «Uskrapav»!

—Te creo, Ariana. No te inquietes. Hablaré con ese muchacho.

Luis hizo algo más que hablar con Ian. A los cinco minutos de conversar, en la sala del hospital, donde estaba custodiado, le propuso:

—¿Quieres venir con nosotros, Ian? Todavía me faltan cuatro tripulantes.

Ian Jansky, que apenas había prestado atención a las palabras de su visitante, al oír aquello perdió el color del semblante.

—¿Me propones que vaya con... contigo y con Ariana?

—Sí, Ian Jansky. Eso he dicho. Creo que debes amarla mucho para haber querido renunciar a todo, al saber que la perdías. La vida de un ser humano es muy importante. Y yo estoy dispuesto a renunciar, incluso a la gloria de ese viaje, si fuese necesario, por salvar una vida humana, cuanto más, a renunciar al sentimiento que ella empieza a inspirarme.

Incluso Ariana quedó helada al escuchar aquellas sublimes y maravillosas palabras, donde un jefe indiscutible, un sabio-héroe, revelaba unos sentimientos humanitarios increíbles.

—¡Oh, yo...! ¡Estoy confuso... aturdido...!

—No digas nada, muchacho. Tienes un mes de tiempo para prepararte. Yo utilizaré a mis amistades para que nadie diga una palabra de lo ocurrido. Dentro de unos días, serás reconocido por nuestro equipo médico y, por poco que pueda, serás aceptado.

»Luego, tendremos mil años para conocemos mejor, Ian Jansky. Lamento lo ocurrido, pero pienso , que todo tiene solución en la vida, menos la muerte, Ian Jansky sintió tan profunda gratitud por aquel hombre joven y maravilloso, que tomó sus manos y trató de besárselas, mientras a los ojos de Ariana acudían las lágrimas, provocadas por no sabía qué clase de desconocida emoción interna.

Y, desde luego, Ian Jansky fue admitido para el viaje al infinito. Formaba parte de las cinco personas a las que el jefe de la «Sustra-Kamac» tenía derecho a elegir, fuese cual fuese su condición, edad o profesión. El Consejo Mundial había impuesto esta cláusula, para que el comandante de la astronave tuviera siempre a su alrededor cinco aliados fíeles, amigos elegidos por él mismo, que en determinado momento del prolongado viaje podían apoyarle en el ejercicio de su indiscutible autoridad.

Se calculó hasta lo imprevisible. Incluso había sido prevista la rebelión de técnicos y científicos dadas las condiciones prácticamente interminables del viaje.

Los tres restantes elegidos los señaló Luis Colman en los días que siguieron y todos eran amigos suyos de la infancia. Uno se llamaba Juan Alberto Cebrián, otro, Andrés Durán, y el tercero, una mujer, llamada Isabel Boada, doctora en Ginecología.

* * *

Al fin, llegó el día de la partida. Una muchedumbre incalculable se había dado cita en torno al cosmódromo de Baalbeck, lugar que se creía sirvió, en la Antigüedad, para aterrizar y despegar las astronaves que trajeron la civilización a la Tierra.

Allí, en su rampa electromagnética, se encontraba el gigantesco platillo

lenticular, de planchas de iridio, pintado de blanco anticorrosivo, con sus ciento cincuenta mil toneladas de peso, que albergaba una pequeña ciudad de cien habitantes, pero con dependencias suficientes para que nadie pudiera echar de menos lo más insignificante de cuanto pudieran desear durante el dilatado viaje sin retorno.

Aquella gigantesca nave de propulsión atómica en su primera fase y luego fotónica, en el hiperespacio, había tardado tres años en ser construida, y era una versión enorme, casi inmensa, de las naves interplanetarias que surcaban los espacios siderales del siglo XXIV.

Se encontraban presentes las autoridades más destacadas de los cinco mundos del Consejo de Gobierno Mundial. Los técnicos, inventores y constructores, la representación del Consejo Científico y Técnico, presidentes cantonales y de Asamblea, en fin, todo el que significaba algo en la política, el ejército, las finanzas, la industria, etc., se encontraba aquel día allí.

En la plataforma, que luego sería retirada, junto a la entrada de la enorme nave blanca, se encontraban todos los miembros de la expedición, a los que se les impusieron collares, medallas y distintivos concedidos por sus respectivos jefes de Asamblea regional.

Allí fue investido Luis Colman con los atributos del mando y se tomó juramento de fidelidad a todos sus colaboradores, dándose lectura al reglamento que confería a Luis Colman plenos poderes de mando dentro de la ««Sustra-Kamac», y fuera de ella en cualquier mundo lejano al que llegasen, y sólo en caso de muerte o imposibilidad, asumiría el mando el coronel Yan-Kuang, piloto astronauta de gran fama, elegido como segundo comandante de la astronave.

Yan-Kuang, de origen chino, alto, apuesto y aguerrido, contaba 38 años y estaba casado con una mujer sobresaliente, hija de un político francés relevante. Precisamente, Eugene Gallard, la esposa del coronel Yan-Kuang, gracias a las influencias de su padre, había conseguido figurar entre la tripulación de la «Sustra-Kamac», y estaba al cuidado de los registros generales de alimentación y subsistencia.

Aquella inquietante y turbadora mujer preocupaba bastante a Luis Colman, quien ya había sostenido con ella más de una entrevista.

Terminada la ceremonia de despedida, la tripulación saludó y luego, en perfecto orden, subieron la rampa automática hasta la entrada principal de la nave.

Acto seguido, la plataforma fue retirada. Las autoridades empezaron a retroceder. El entusiasmo aumentó. Las patrullas de orden público contenían a duras penas a la inmensa muchedumbre.

Y en la torre de control empezaron a contar los últimos minutos para el despegue definitivo, del que estaba pendiente toda la humanidad diseminada por cinco planetas del Sistema Solar.

La hora decisiva había llegado.

CAPÍTULO III

—Nuestro concepto del tiempo ha empezado a cambiar —habló Luis Colman, ante la cámara de proyección positrónica, la cual transmitía su imagen a las «pantallas» de recepción neutrónica, en la que los tripulantes de la «Sustra-Kamac» podían verle y oírle, casi como si estuvieran con él—. Navegamos por el hiperespacio, en aceleración fotónica, con rumbo a M 31.

»Deseo que grabéis todos en vuestras mentes ese concepto amplio de vida tan necesario para el adecuado equilibrio psíquico. Ya no somos seres humanos como éramos antes. Formamos parte de una raza nueva que ha nacido a partir del momento de abandonar la Tierra.

»Nadie debe esperar el regreso, aunque nuestras esperanzas se realicen. Hemos salido de nuestro mundo para no volver. Sabemos que es posible sobrevivir en otros mundos. La materia de que todos los planetas están compuestos es única y universal. Por tanto, somos descendientes del Cosmos.

»Hemos ampliado notablemente nuestra supervivencia. Viviremos un milenio, que es mucho más de lo que viven nuestros padres o vivieron nuestros antepasados. Pero el tiempo es relativo. De nosotros depende, pues, que esa prolongada longevidad no quede reducida a días de doscientas cuarenta horas, con treinta comidas diarias.

»No permitiré eso. El ocio es pernicioso y fatal. Todos tenemos asignada una misión. Cumplámosla alegremente. El reglamento se ha redactado para las condiciones en que vivimos. Se compone de trabajo, estudio, responsabilidad y convivencia.

»En esencia, nada debe haber cambiado. No debemos pensar en el lento envejecimiento, ni en lo que nos falta por hacer, sino en lo más inmediato, en lo cotidiano. Aquí tenemos de todo y para todos. Es un mundo pequeño y nuevo. Formamos parte de una aventura del hombre. Vamos a lo desconocido e ignoto. Ése es nuestro destino y nada nos debe torcer.

»Nadie aquí es más que otro, ni siquiera yo. La jerarquía se ha establecido únicamente para las responsabilidades y no se premiará a nadie que cumpla con su deber, como tampoco deseo castigar al que no lo haga así. Yo sólo actuaré como jefe cuando alguien ponga en peligro la vida de los demás o amenace el éxito de la expedición.

»Somos hermanos de raza y esto es un vínculo muy importante en estas circunstancias extraordinarias, porque no podemos prescindir unos de otros.

»Bien es cierto que no todos pensamos igual, ni somos igual, ni actuamos del mismo modo. El hombre es único en sí mismo, pero semejante a los demás. Y esta semejanza es la que debe unirnos y no separarnos.

»Si alguien quiere ver en mí, por ejemplo, a un ser superior, se equivoca. No sé más, ni quiero saber más que otros. Los ordenadores me eligieron por múltiples razones de tipo intelectual, físico y político. Pudieron estudiar completamente mi código genético.

»No se trata, pues, de saber lo que he hecho, sino de lo que puedo hacer,

puesto que mi examen ha sido completo y he tenido que decidir en más de cinco mil casos hipotéticos.

»También conozco el resultado de vuestros exámenes y puedo discutirlos con cualquiera de vosotros, si lo deseáis, pudiéndoos demostrar la razón por la cual yo soy el responsable de la «Sustra-Kamac» y vosotros estáis en el lugar que os corresponde.

»Repito, soy vuestro hermano, vuestro igual y sólo asumiré el mando cuando las circunstancias lo exijan. Si no pudiera hacerlo, Yan Kuang me sustituirá y, en defecto, el número tres, el ingeniero Peer Cushing. Todos tenemos un número de orden, que se estableció en la nomenclatura inicial del proyecto, antes de saber el nombre de la persona que había de ser elegida.

»Nada se puede alterar. Los cuadros están formados. El organigrama es perfecto. Somos un centenar de personas, ni viejos ni jóvenes, que formamos parte de un grupo separado de la gran familia humana, y así hemos de permanecer durante los próximos mil años...

* * *

En una amplia y lujosa cabina de matrimonio, la excitante Eugene Gallará, la mujer que utilizaba nombre de varón, cerró con un gesto despectivo el receptor neutrónico, donde aparecía la imagen en tres dimensiones del orador y jefe de la nave.

—¡Bah, palabras!

Eugene era una mujer alta, bien formada, felina, de mente tortuosa y capaz de maquinar e intrigar, aunque estuviera sola en la nave y fuese preciso hacerlo contra sí misma.

Se casó con el prestigioso coronel Yan-Kuang por conveniencias políticas, sin amor, a pesar de que el famoso militar de origen chino hacía latir con fuerza los corazones de cuantas mujeres le veían.

Yan-Kuang no había sido elegido segundo jefe de la «Sustra-Kamac» por casualidad. En cambio, Eugene Gallará, su esposa, estaba allí gracias a las argucias y artimañas de su padre.

Y lo que Eugene no podía sufrir era, prácticamente, todo. Odiaba a Luis Colman, porque, al ser presentados, él no se rindió ante ella. Aborrecía a los organizadores de la expedición por no haber elegido a su marido como jefe. Detestaba a Ariana Oderstein por ser bonita y a Ian Jansky por haber sido elegido por Colman.

—No siempre serás el jefe de este reducido mundo, Luis Colman —continuó diciendo la inquietante mujer, mientras paseaba sobre la alfombra verde de metilvinilo—. Y se desterrará ese estúpido reglamento... ¡Yo gobernaré aquí, ya lo verás! ¡Y tendréis que arrodillarse delante de mí!

Eugene Gallará era el engreimiento personificado. Había maldad en su corazón y odio en su mente. Sus ojos verdes poseían brillo venenoso y sus labios rojos, sensuales y volubles, parecían despedir fuego.

¡Y odiaba también a su marido!

«—Quiero que nuestro hijo sea el primero en nacer en la nave —había dicho él la víspera.»

Eugene conocía a su marido y no replicó. Con él fingía muy bien sumisión y obediencia. La ancestral sutileza del alma de Yan-Kuang, su férrea voluntad y su carácter indomable era el reto que ella tenía ante sí desde que se casaron, años atrás. Pero Eugene estaba segura de vencer, no sólo en aquella lucha conyugal, sino en todas.

Eugene tenía a su cuidado el departamento de alimentación de la astronave. No era el suyo un gran trabajo. Todo se realizaba allí automáticamente. Pero era preciso revisarlo todo convenientemente, para que no surgieran desajustes en la producción de alimentos.

El invernadero de la cubierta uno, los silos hidropónicos, los mezcladores iónicos y las cocinas electrónicas estaban a su cuidado. Ella se aprendió pronto el cometido y casi inmediatamente después del despegue se ganó la confianza de sus tres ayudantes, quienes prometieron atender personalmente los trabajos.

Mientras paseaba, cavilando proyectos tortuosos, se abrió la puerta de la cabina y apareció Yan-Kuang.

—Hola, cariño. ¿Has oído a Luis?

—Sí, en parte. Palabras.

—Que debemos tener todos siempre en cuenta —añadió Yan, acercándose a un armario empotrado y abriéndolo, para tomar un equipo de máquinas—. Voy a bajar a la sala del generador magnetohidrodinámico. Los técnicos han observado una anomalía. Luis quiere que supervise la inspección. Es importante.

—¿Por qué no va él? —preguntó Eugene.

Yan se volvió y miró fijamente a su mujer.

—Me ha dicho que vaya yo.

—Si aceptamos desde un principio la superioridad de Colman, no tardaremos en caer bajo su despotismo.

—¿Qué estás diciendo, Eugene? —preguntó él secamente.

Eugene comprendió que había hablado demasiado.

—No lo sé... Hoy me siento un poco deprimida. Será mejor que tome un cordial.

—¿Por qué no vas a ver al doctor Faller? No hay razón para que estés deprimida y menos que hables así de Luis. Su discurso está siendo muy comentado. No quiere honores, ni aparentar ser el jefe. Es uno más. Formamos un equipo de cien personas. Vamos a vivir muchos años juntos. No empecemos a enturbiar la atmósfera con recelos y suspicacias.

—Lo siento... Iré a ver a Faller.

—Y no descuides tu trabajo, cariño. Formo parte del comité de corrección.

—Tengo que leer tus atribuciones, Yan. Tú también eres importante aquí. ¿Has oído decir que uno de los protegidos de Colman, ese Ian Jansky, intentó suicidarse?

—No. Ni me interesa nada de lo que hayan sido antes todos los que habernos aquí. Me importa únicamente lo que sean de ahora en adelante.

—Dicen que Ian Jansky está enamorado de Ariana Oderstein y que ella es la causa del intento de suicidio. Luis Colman protege esas relaciones, en contra de lo que se creía, pues muchos daban como cierto el matrimonio entre Luis y Ariana.

Yan-Kuang se había cambiado de ropa, poniéndose un traje antirradiactivo, cuya cremallera cerró con aspereza y violencia.

—¡No me interesan los chismorreos, Eugene! ¡Y no quisiera que se formase aquí una sociedad de cotorras y criticonas! ¡Esto es demasiado estrecho para contener la maledicencia!

—¡Estás insoportable, Yan! —exclamó ella airadamente—. Aquí, como en París, se hablará de lo que la gente quiera. Somos humanos. Y el que pretende cambiar la mentalidad humana, quedará chasqueado.

—Será mejor que te arregles un poco. Ariana Oderstein va a venir a hablar contigo. Necesita datos para iniciar sus crónicas.

—¡Ah, sí, la biblia del futuro! Lo que esa «dama» diga de mí lo leerán nuestros descendientes dentro de veinte mil años... Eugene Gallard era una chismosa, leerán los hijos de los hijos de mis biznietos. ¡Muy divertido! ¿Y qué dirá esa chica de sí misma?

—Pregúntaselo cuando venga. Adiós —exclamó el coronel Yan-Kuang abandonando la cabina.

* * *

Ariana Oderstein se encontró con Isabel Boada en el salón de lecturas. La rusa sonrió a la española y se acercó a ella.

—Hola, Isabel. ¿Terminando tus estudios?

—No los terminaré nunca. El profesor Ventroff me incluirá en su equipo de investigación exobiológica. Luego, aprenderé astronomía e ingeniería nuclear. ¿Crees que podré llegar a todo eso?

—Claro que sí —respondió Ariana, sonriendo —. Y te sobrarán más de novecientos años.

—¡Me parece todo muy increíble, Ariana! Temo despertarme de un momento a otro y darme cuenta de que todo ha sido un sueño.

—No lo es. No sueñas. ¿Cómo conociste a Luis?

—Veraneábamos juntos en Nerja. Pero jamás creí que se acordaría de mí. Andrés y Juan Alberto piensan igual. Luis se distanció mucho de nosotros, por su clase, su categoría, su familia.

—¿Estás enamorada de él?

—¿Puede haber alguna muchacha que no lo esté? —replicó Isabel a su vez.

Ariana sonrió.

—Creo que todas las muchachas solteras del pueblo israelita se enamoraron de Moisés. Era un telépata sugestivo.

—Luis es más —afirmó Isabel, cerrando el libró de placas magnéticas sensibles, que había estado leyendo. Enfundó el proyector y miró a la otra —. Luis encontrará la cuna de las civilizaciones. Otro no sería capaz de hacerlo.

—Estoy convencida de ello. He empezado mis crónicas. Tomo apuntes biográficos de todos los tripulantes. No quedará definitivo hasta que no hayan pasado algunos cientos de años... ¡Qué horror, tantos años!

—A mí me maravilla. ¿Quieres que te dé mí biografía escrita o grabada?

—Me da igual. No tengo prisa.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Ariana?

—Sí, por supuesto.

—Cuando Luis te eligió, en aquella famosa rueda de prensa, ante las cámaras de T.V., el mundo se formó inmediatamente la idea de tu boda con Luis.

El semblante de Ariana se ensombreció. Pero fiel a su honestidad y al nuevo concepto reinante de sinceridad, repuso:

—Sí. Luis dijo que le agradaba y no tuvo inconveniente en confesarlo a su madre. Supongo que estos son datos para la historia, ¿verdad?

—¿Qué ocurrió después? —insistió Isabel.

—Ian Jansky trató de suicidarse. Estaba enamorado de mí y cuando supo que yo me marchaba... —La voz de Ariana se quebró un tanto—. Es muy penoso. Hay tanta altitud de miras en Luis que me estremezco.

—Comprendo, Ariana. Conozco bien a Luis. ¿Y qué dice Jansky?

—No he hablado con él todavía. Parece que tampoco se ha encontrado a sí mismo aún. Por suerte para todos, tenemos tiempo más que suficiente para pensar y actuar.

—¿Le quieres?

—Sí, con toda mi alma.

—Entonces, Ian Jansky no puede ser un obstáculo.

—¡Si él lo comprendiera...!

Ariana se levantó y se dirigió al pasillo que comunicaba con las cabinas de la tripulación. Se cruzó con algunas personas, que la saludaron con la cabeza. Todavía no eran demasiado conocidos. Reinaba cierta calmosa reticencia, como si todos se dieran cuenta de que tenían tiempo sobrado para conocerse. A pesar de ello, Ariana Oderstein era sobradamente conocida.

Al llegar ante la cabina del matrimonio Yan-Kuang-Gallard, Ariana pulsó el botón de llamada. No esperó mucho. Eugene Gallard, ahora ataviada con el uniforme blanco de navegación, la acogió con una amplia sonrisa.

—¡Tenía muchas ganas de conocerte, querida Ariana! ¡Pasa, te estaba esperando! Yan me ha comunicado que venías a verme.

Ariana entró y se sentó en un sillón.

—Es pura visita de cumplido —dijo la joven—. Debo conocer a toda la tripulación. Y la esposa de nuestro segundo jefe debía ser la primera.

Eugene se sentó también delante de la cronista, cruzó las piernas y ensayó su postura más despreocupada.

—Sí, querida. Tenemos que hablar mucho. Supongo que me describirás como una mujer frívola y mimada.

—¿Por qué había de hacer eso?

—Lo soy. Yan suele decir que soy una niña mimada. ¿Crees que podría estar aquí, si fuera así?

—Supongo que no. Tienes un puesto de mucha responsabilidad.

—Pues dicen que lo he conseguido gracias a las presiones de mi padre, el presidente de la Asamblea del Este europeo.

—No lo he oído en ningún sitio.

—Eres muy discreta, Ariana. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Prefiero charlar.

—Mi esposo desea que tengamos un niño. Quiere que sea el primero en nacer de esta nave. Un pequeño «homo stelaris».

Ariana empezó a comprender que Eugene no solamente era frívola, sino insustancial y nerviosa. Todo el artificio de su postura, modales y palabras le desagradó, pero supo disimular.

—Será un gran acontecimiento. Sólo hay ocho matrimonios en la «Sustra-Kamac». Pero se supone que pronto se celebrarán muchos más. La escuela debe empezar a funcionar cuanto antes.

—Yo preferiría una reestructuración social —dijo Eugene—. Hay muchos atavismos sociales de los que deberíamos prescindir, si hemos de formar un mundo nuevo.

—Eso es interesante. ¿Qué cambiarías tú en nuestra forma de vivir?

—Aboliría el matrimonio. Vivir mil años con el mismo hombre ha de ser insoportable.

—Eso es muy atrevido, Eugene. Soy evolucionista, pero no tanto. ¿Qué más modificarías?

—La jerarquía. Aunque Luis Colman diga que todos somos iguales, él manda más que Yan.

—Tiene mucha responsabilidad. Es el mejor quien debe imperar.

—No debía haber diferencia entre hombre y mujer.

—¿Las hay?

—Siempre las hubo. Somos como dos razas distintas. Si empezamos ahora a no distinguir entre mujer y hombre, el futuro será más equitativo. No veo por qué ha de haber grupo femenino y masculino en el gimnasio. ¿Es que los hombres no saben cómo es una mujer, ni nosotras sabemos cómo son ellos, para tener que reservarnos tanto?

Ariana sonrió.

—Entre hombre y mujer hay una gran diferencia física. ¿Boxearías contra un hombre?

—¿Por qué no? ¡Y hasta podría vencer a bastantes!

—Podrían desfigurar tu bello semblante, Eugene. No estoy de acuerdo. En el trato general, no hay diferencias. Pero nos separa el sexo. No puede existir promiscuidad, sino contacto binario. Somos parejas, complementos uno del

otro, hasta que, transcurrido el tiempo, se cree el sexo híbrido. Entonces será diferente, aunque muy aburrido.

—¿Crees que podrán modificar nuestro metabolismo?

—Reiner y Wilkes así lo afirman. Han hecho experimentos satisfactorios. Existen mujeres que eran hombres y hombres que eran mujeres. Son prototipos y, verdaderamente, no los envidio.

»Ahora, sigamos hablando de ti. Cuéntame tu vida. Pero no me engañes. Tenemos mil años para conocemos bien.

«¡Jamás me conocerás bien, entrometida!», pensó Eugene, a la vez que sonreía ampliamente, mostrando su perfecta dentadura.

CAPÍTULO IV

—¿Puedo hablarte, Luis? —preguntó Ian Jansky, desde la puerta del observatorio direccional, bajo el techo transparente que permitía contemplar un cielo oscuro, cuajado de puntos brillantes y luminosos.

—Sí, Ian. Pasa.

Con Luis Colman estaban Juan Alberto Cebrián, Andrés Durán y seis astrónomos de corrección orbital. Sin embargo, ninguno prestó atención al joven aspirante a físico nuclear.

—¿Estaría mal visto si hablamos a solas, Luis? —preguntó el joven, al acercarse.

—Creo que sí. Yo, menos que nadie, puedo tener secretos con la tripulación.

—Comprendo. Se trata de Ariana. Sé que la quieres.

—Y tú también —Luis sonrió—. No te preocupes. ¿Cuándo quieres casarte?

—Ya no quiero casarme con ella —replicó Ian dignamente—. Ella te quiere a ti. Yo he sido un estúpido al hacer lo que hice. Si hubiera sabido...

—No te elegí por un acto en el que no quiero pensar más. Aquello pasó, Ian. Eres un hombre y yo necesitaba elegir cinco personas. Tú fuiste una. Eso ya está hecho. Viajamos hacia Andrómeda. Ariana, por otro lado, no ha de ser problema para ninguno. Los sentimientos, aunque importantes, no nos dominarán nunca. Si tú la quieres y ella te quiere, os casaréis.

—¡Pero es que ella te quiere a ti y no a mí! —exclamó Ian—. Y tú también la quieres.

—Me gusta, Ian. No sé si la quiero. Debo pensarlo muy bien. Nuestra vida será larga. Dentro de veinte o treinta años apenas habremos envejecido. La hija de Ariana y tuya puede ser mi esposa. Podré dedicarle más de novecientos años. ¿Por qué precipitarnos, Ian? ¿Es que no has comprendido que nuestra existencia se ha prolongado?

Ian pareció dudar.

—Tú eres el jefe. Te debo la vida. No es sacrificio renunciar a Ariana. Tienes razón en que dentro de algunos años, que se compararán a segundos, habrá entre nosotros una generación nueva.

El arquitecto Juan Alberto Cebrián se aproximó a Ian y le puso la mano en el hombro, diciendo con una sonrisa:

—Veinte años son como un par de ellos. Y tengo la impresión de que si Luis y Ariana tienen una hija, habrá muchos pretendientes.

Ian Jansky sonrió también.

—Estoy aturdido, lo confieso. ¿Qué quieres que haga?

—Haz lo que te parezca. Habla con Ariana. El sentimiento personal e íntimo puede dar paso a una conciencia colectiva. Se hará lo que más convenga a todos. Y siempre la minoría ha de quedar conforme. Esto es primordial e importante, si queremos llegar a la Galaxia M 31.

—Gracias, Luis. Lo haré. Hablaré con Ariana. Y si no quiere casarse conmigo, me dará una alegría.

—A ver si mientras vosotros discutís, viene otro y se la lleva. Claro que no podrá irse muy lejos —Juan Alberto Cebrián era jocoso y festivo—. El día que se utilicen los corazones artificiales, ¿qué ocurrirá?

Ian abandonó el observatorio y se dirigió a la cabina de Ariana, donde suponía que se encontraba su compatriota trabajando. Llamó al timbre, pero nadie respondió. Ya estaba dispuesto a marcharse, cuando vio venir a Eugene Gallard, cimbreándose, vestida con su uniforme blanco. Se hizo a un lado, para dejarla pasar, pero ella se detuvo ante él.

—¿Está aquí Ariana Oderstein?

—No contesta. No he querido insistir por si está descansando.

Eugene ge apoyó en el timbre y dijo:

—Tengo que hablar con ella... ¡Muy en serio!

—¿Sucede algo? —preguntó Ian.

—Todavía no, puesto que desconozco los celos. Pero no quiero verme en boca de los demás porque algunas se fijen en el hombre que no les pertenece.

Ian enrojeció hasta las orejas.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí no hay nadie... ¡Veamos! Tres timbrazos seguidos y cortos abren la puerta.

Eugene presionó el pulsador tres veces y, efectivamente, la puerta se abrió. Dentro de la cabina, reclinado en un sillón basculante, había una persona dormida. Era el coronel Yan-Kuang.

Al verle desde el umbral, Ian frunció el ceño.

Eugene entró y sacudió a su esposo, diciéndole:

—¡Despierta! ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está esa lasciva?

Ariana no estaba en su cabina. Pero las palabras de Eugene molestaron extraordinariamente a Ian, quien exclamó:

—¡No te permito decir eso de Ariana!

—¡Cierra la boca, necio! ¿Crees que soy tonta? ¡Ella le ha llamado!

Yan-Kuang abrió sus ojos, ligeramente oblicuos, y miró a su alrededor, primero a la furiosa Eugene y luego a Ian.

—¿Qué...? ¿Me he dormido? Estaba aquí con Ariana, hablando, y no sé lo que me ha ocurrido.

—¡Cuéntaselo a otra, querido! —estalló Eugene.

En aquel preciso instante, apareció Ariana en la puerta. Venía con una bandeja en la mano, en la que traía una cafetera y dos tazas.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó, asombrada.

—¡Eso quiero saber yo! —gritó Eugene.

El coronel Yan-Kuang se levantó y agarró del brazo a su mujer.

—¿Qué es lo que piensas, infeliz? ¿Crees que todos son como tú? Siento haberme dormido mientras hablaba. Ariana no ha querido despertarme. Y eso no te da derecho a pensar mal de nadie.

—¡Esto es vergonzoso y ultrajante! —vociferó Eugene—. Tengo que ponerlo en conocimiento de Luis Colman. No toleraré un día más que se cometan...

La mano derecha de Yan-Kuang se estrelló contra la boca de Eugene, la cual retrocedió y tropezó con Ian, que estaba más sorprendido que nadie.

—¡Fuera de aquí, lengua maledicente y soez! ¡Seré yo quien reúna la junta de corrección! ¡Ariana y yo hablábamos de mi vida! ¡Ella es cronista de todo cuanto hay en la «Sustra-Kamac»!

Pero Eugene ya no le escuchaba y salía al pasillo, descompuesta.

* * *

Luis escuchó sin despegar los labios, hasta que Eugene terminó su desatinada acusación. Luego dijo:

—Vuelve a tu trabajo, Eugene. Hablaré con tu esposo y con Ariana.

—¡Tienes que castigarlos a los dos e informar a toda la tripulación de ese infamante proceder!

—Por favor, sal y déjame.

—¡Esa criatura no merece lo que has hecho por ella, Luis! —insistió Eugene.

—¿Quieres salir? —preguntó Luis en tono frío y amenazador.

—Sí, ya me voy. Pero si no obras con justicia y equidad en este caso, habrás sembrado la semilla del resentimiento.

—¡Vete! —rugió Luis—. ¡Y ten mucho cuidado conmigo! ¡A mí no me alecciona nadie!

Los ojos verdes y venenosos de Eugene parecieron querer emponzoñar los de él durante unos segundos. Luego, Eugene dio media vuelta y salió de la cámara.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Luis presionó un timbre del tablero de la mesa y dijo:

—Anna, que pase Ariana.

—Sí, Luis.

La puerta se abrió de nuevo y apareció una demudada y acongojada Ariana, hacia la que avanzó Luis, sonriente.

—Tranquilízate. Sabía que, tarde o temprano, tendríamos roces con Eugene. No hace falta que me expliques nada. Siéntate y serénate.

—¡Siento mucho lo ocurrido, Luis! Yan se durmió mientras hablaba conmigo. Había estado treinta y seis horas de servicio. Sé que lo hizo para que su horario no coincidiera con el de Eugene.

—Yo también lo sé. Eugene es una mujer que ha de llamar la atención dondequiera que esté. Si no es el foco central de cualquier escándalo no está contenta. Es así y no cambiará. Nos causará más de un problema, hasta que, al fin, nos veamos obligados a someterla a tratamiento psiquiátrico.

»Ése es mi proyecto. Pero necesito que dé más motivos. Antes de salir de la Tierra, se me insinuó. Creí que yo caería rendido ante su belleza, y como no

fue así, se disgustó. Tal vez por eso, intrigó para venir con nosotros. Y su padre la ayudó, para no separarla de su marido y, posiblemente, para quitársela de encima de una vez para siempre.

—¡Ha sido inicuo! ¡Ian estaba delante!

—Procura no darle ocasión y no volverá a molestarte. Dale tiempo a que se ambiente. Tenemos muchos años por delante. O se habituará a esto o tendrá que intervenir Frank Faller en su mente.

—Hablé con ellos dos los primeros, siguiendo el orden jerárquico, como te dije. Ahora, estoy desconcertada. No sé qué apuntes tomar para esta crónica.

—Anota lo que juzgues oportuno. De todas formas, habrás de ser rebatida en el futuro. Nadie acepta la historia como se la cuentan. Pero eso no importa.

»Hablemos de otra cosa. Ian ha venido a verme. Ha dicho que renuncia a ti, lo cual es un absurdo, porque ni él ni yo tenemos ningún derecho sobre ti.

Ahora tocó el turno a Ariana de enrojecer. Bajó la vista al suelo y pareció estremecerse.

—Yo no amo a Ian, Luis.

—Lo sé pequeña. ¿Crees que se me escapa algo?

—No puedo engañarte, Luis. Y menos después de este bochornoso incidente. Te quiero y no me casaré con nadie que no seas tú. Pero no puedo obligarte a que me ames.

—Yo también te quiero, Ariana. Aunque mi sacrificio no significa nada. Con verte feliz me basta.

—¿Por qué...?

Él se había levantado y daba la vuelta a la mesa, mirándola con ternura. Ella se incorporó y se dejó abrazar. Entonces, sus labios se unieron por vez primera, con una pasión profunda y ardiente que invadió de dicha y felicidad los corazones de ambos.

—Sí, mi vida —habló él, entrecortadamente—. Esto tenía que llegar. Sé que Ian no sufrirá por nosotros, ni volverá a atentar contra su vida. La esperanza le anima ahora. Llegará a ser feliz.

Ariana tuvo la visión completa del temperamento de Luis Colman en aquel instante. Comprendió que era un ser distinto a todos, un espíritu puro y superior, capaz de llevar a cabo la empresa que le habían asignado. Era flexible, comprensivo, humano y justo.

Y se sintió dichosa de que él la amara. Todo lo demás no importaba. La felicidad que la esperaba en su dilatada existencia era el mejor premio. Eugene Gallard podía decir lo que quisiera.

* * *

Era el quinto mes de viaje espacial. Dos hombres, del servicio auxiliar de máquinas, riñeron y uno resultó gravemente herido. Se llamaba Otto Warmer. El agresor era de ascendencia africana y su nombre, Nuogo Bakim. Ambos eran técnicos nucleares. La discusión fue trivial, casi intranscendente, pero

surgieron palabras fuertes y la pasión se desató.

Luis se enteró de lo ocurrido y sugirió a Nuogo Bakim que fuese a visitar a Otto Warmer a la enfermería.

—Yo estoy seguro de que todo ocurrió sin querer. ¿Qué te dijo para enfurecer tanto?

—Mencionó el color de mi piel —replicó Nuogo.

—¡Por Dios, Nuogo; las cuestiones raciales son ya cuentos de la abuelita! ¿Eso te molestó?

—Me llamó sucio.

—¡Vamos, vamos! Tenemos agua suficiente para lavamos. Haberle invitado a verte en la ducha. Todo menos pegarse. ¿Imaginas lo que ocurriría en una nave que ha de permanecer siglos en el espacio, si nos ponemos nerviosos y nos acometemos unos a otros?

—Lo siento, Luis. No quise hacerlo.

—Anda, ve a ver a Otto. El doctor Faller ya le habrá curado y estoy seguro de que te perdonará, si tú se lo pides.

Nuogo Bakim asintió y fue a la enfermería. Pero cuando llegó allí se enteró de la terrible noticia: ¡Otto Warmer acababa de fallecer, a consecuencia de las heridas!

Fue algo patético e impresionante ver a Nuogo abrazado al cadáver de su compañero, llorando y gimiendo, porque no pudieron impedirle entrar en la cámara mortuoria.

—¡Yo no quería hacerlo, Otto! ¡Perdóname, necesito que me perdones! ¡No soy un asesino! ¡No te golpeé para matarte!

Ariana hizo la crónica de aquel importante suceso y estuvo presente en la escena de la desesperación de Nuogo Bakin.

Luego, hubo de ser testigo de la incineración del primer cadáver y del juicio que el comité de corrección realizó con Nuogo, el cual se consideró culpable y pidió a sus jueces un severo castigo.

La sentencia de Luis Colman, después de oídos los cargos y tras deliberar con los demás miembros del comité, no pudo ser más benigna.

—Nuogo Bakin, este comité ha creído conveniente condenarte a unos años de encierro. Yo, como presidente y jefe de la nave, te perdono. Lo hago convencido de realizar un acto de justicia y por el derecho que me asiste a la benevolencia. Un hombre encerrado y separado de la comunidad no nos conviene en absoluto. Volverás a tu trabajo, cumplirás con tu deber y ayudarás a suplir la falta de tu camarada muerto. Sé que no quisiste matarle. Eso es suficiente.

Esta sentencia fue muy comentada, como había sido la solución dada al caso de Eugene Gallard. La dotación de la nave empezó a creer que Luís Colman era blando.

En realidad, fue Eugene quien hizo acervos comentarios al respecto. Insultó públicamente a Ariana, a su esposo y a Luis, y la sentencia de Nuogo Bakin le sirvió de pretexto para decir:

—La debilidad demostrada por el jefe de esta nave nos obliga a exigir su destitución. Así está reglamentado. A Colman se le puede sustituir por incapacidad temporal o definitiva.

Muy poca gente había de acuerdo con ella, por supuesto. Pero Eugene era una mujer turbadora y lo primero que hizo fue ganarse el apoyo de los tres hombres que trabajaban con ella en los controles de aprovisionamiento, uno de los cuales, en especial, llamado Coon, no pudo resistir su provocación, estando solos en el invernadero de semillas, y la abrazó y la besó con frenesí.

Eugene aceptó aquellas caricias, pero les puso un precio. Y Coon, temiendo verse envuelto en un escándalo, aceptó. Él habría de ser quien, hablando con otros tripulantes, de comunicaciones y laboratorios, levantase la voz contra Luis.

—¡Débil e incapacitado para el mando! —gritó, hablando de Luis—, La propaganda política nos lo retrató de una manera y nosotros creímos en él. Aquí, donde nos tratamos más de cerca, cada uno saca a relucir sus defectos.

»No es un jefe adecuado. Su mano debe ser dura y saber castigar al culpable. ¿Qué podemos esperar de él? ¡Decídmelo! Cuando surjan las dificultades, habremos de actuar por nuestra cuenta. Y esto será un desastre.

»¡Pido que se exijan explicaciones al hombre que gobierna esta nave por el simple hecho de que su padre fue un famoso explorador y su madre ayudó a descubrir la «Fórmula 10»! ¿Qué méritos posee él?

Naturalmente, la voz de Coon llegó a oídos de Luis. Fue Andrés Durán quien se enteró de aquellas manifestaciones. Luis recurrió al servicio de vigilancia y ordenó arrestar a Coon. La entrevista que sostuvo con él fue violenta y tempestuosa. Luego, Luis decidió:

—Y para dar ejemplo, vas a pelear conmigo en el gimnasio, Ernest Coon. Te daré una paliza que no olvidarás mientras vivas. Yo no soy débil, ni blando, sino justo. ¿Qué hubieras hecho tú con Nuogo Bakim? ¿Encerrarle o ejecutarle? ¿Por unas palabras que carecen de sentido entre nosotros?

»Otto Warmer murió a consecuencias de la caída. Su contrincante no quería causarle tanto daño. Está demostrado. Por eso he sido benévolo con él. ¡Pero no lo voy a ser contigo, porque la rebeldía y la sedición están castigada en la «Sustra-Kamac»! ¡Y pronto vas a saber que no soy débil, ni siquiera un fantoche disfrazado por la propaganda!

Ernest Coon no tuvo más remedio que aceptar el reto. Y en el cuadrilátero de boxeo, a pesar de cuanto trató de hacer por defenderse, recibió una soberana paliza de Luis, reglamentariamente, de acuerdo con las normas pugilísticas.

A pesar de ello, Coon tuvo que permanecer en cama quince días.

Pero Eugene continuó su maquiavélico plan, ganándose a varias mujeres, entre las que sembró la duda de si Luis era un hombre débil o un ser despótico y despiadado.

De un modo u otro, el descontento empezó a extenderse paulatinamente por las distintas dependencias de la astronave. Y como Luis ya estaba al

corriente de lo que sucedía, optó por atajar de manera drástica. Y su primer paso fue obtener información completa de todos los comentarios y su origen. En esto le ayudaron sus amigos Juan Alberto, Andrés e Isabel. Pero la información más justa y verídica, demostrando así estar a altura de su misión, se la facilitó Ariana, la cronista de a bordo.

—Siento decírtelo, Luis. No creas que siento resentimiento contra ella. Al contrario, la compadezco y me gustaría ayudarla.

—¿Quién es ella? —quiso saber Luis, a pesar de ya estar sobradamente enterado.

—Eugene Gallard. De su boca ha salido todo lo que te acusa.

—Está bien. Actuaré inmediatamente.

CAPÍTULO V

Luis Colman encontró al coronel Yan-Kuang en la cámara de navegación. El segundo jefe de la «Sustra-Kamac» estaba sentado en la silla de mando giratoria, frente a la pantalla telescópica, donde aparecía un amplio óvalo sideral, con las estrellas, los puntos móviles del universo viviente, las fascinantes «quasars», estrellas pulsantes, soles y mundos increíbles y manchas negras de nubes galácticas.

Yan-Kuang estaba solo en la cámara y se volvió al escuchar los pasos de Luis a su espalda.

—Quiero hablarte, Yan.

—Te esperaba, Luis. Sé lo que vas a decirme.

—Se trata de Eugene.

—Sí, lo sé. Haz lo que juzgues conveniente.

Luis se sentó junto a Yan-Kuang y pasó los dedos sobre la superficie pulimentada del tablero de control de navegación sideral, como estudiando las palabras que iba a pronunciar.

—Tu esposa no debía encontrarse aquí con nosotros. ¿Estás de acuerdo?

—Plenamente, Luis. Me considero con más derecho que tú para conocerla mejor. Su padre trató de librarse de ella. De haber continuado en la Tierra, nos habríamos separado. Es inevitable. Sé que ha ofrecido sus falsas caricias a Ernest Coon, para utilizarlo como marioneta contra ti. El pobre no pudo sustraerse a sus artimañas y sucumbió, detractándote a cambio de algunas caricias.

—Yo también estoy enterado de eso y lo siento, Yan.

—No te preocupes —replicó tristemente el hombre de ascendencia china —. Sabré llevar mi cruz. No quiero dar un mal ejemplo.

—De eso quería hablarte, Yan. Sabía que a estas horas estarías solo aquí.

Yan forzó una sonrisa y repuso.

—Es un sitio tranquilo a estas horas. Prefiero hacer guardia mientras los demás duermen.

—Bien. Hay inquietud entre la gente. Lo sé. No sólo por lo dicho por ella, sino porque no somos comprendidos. Sé que tú y yo nos entenderemos perfectamente. Se nos eligió con acierto para esta expedición que, por desgracia, ha de ser larga.

»Yo he pensado en todo. Por eso he dado una paliza a Ernest Coon. Creo que tiene bastante. Pero a Eugene no puedo dársela.

—Te entiendo. Continúa, Luis.

—Ella quiere seguir siendo como hasta ahora. Se le ha metido en la cabeza desprestigiarme. Lo de Nuogo Bakim es un pretexto. De no haber ocurrido, habría utilizado otro argumento.

—Sí, estoy seguro —admitió Yan-Kuang.

—Por tanto, he pensado desarmarla con sutileza. Ella no está a nuestra altura y toda la cuerda que le demos se la enrollará al cuello. Por suerte,

tenemos tiempo más que sobrado para realizar mi plan.

—¿En qué consiste?

—Verás: Ella quiere mi destitución, para que tú ocupes mi puesto. Vamos a darle ese gusto, pero sin dejar nada al azar. Éste es un plan estratégico a largo plazo.

»Yo dejaré crecer el descontento. Luego, me someteré al comité de corrección y seré destituido.

—¡No puedes hacer eso por ella, Luis!

—No lo hago por ella, sino por todos nosotros. Quiero evitar males mayores. A mí no me importa cederte el mando por un tiempo, como no me importaría hacerlo para siempre. Tú lo sabes tan bien como yo.

»Eugene debe saborear su triunfo. Será la mujer del primer dignatario. No por ello cambiará ni dejará de ser quien es. Tarde o temprano, intentará otra maniobra. Posiblemente quiera imponer su despotismo.

—¡Por eso no debemos darle la oportunidad! ¡Es una temeridad, Luis! No debemos correr riesgos con ella. Lo mejor es acusarla formalmente y encerrarla una temporada. Dos o tres años de soledad no le harán ningún daño.

—O mucho me equivoco, o Eugene continuará perturbándonos tanto si está encerrada como suelta. En realidad, toda la nave es como una cárcel para su espíritu inquieto.

»No, Yan. He reflexionado bien y soy un experto psicólogo. Eugene tiene que cambiar por sí misma, para beneficio de todos. Y lo mejor es darle lo que busca.

»Como le falta sabiduría, los errores que cometa serán su mejor lección, tanto para ella como para los demás.

»He llegado al convencimiento de que el responsable de esta nave debe recurrir a todos los procedimientos imaginables para llevar a buen término la misión que nos han encomendado. Ése es nuestro fin primordial. Y para lograrlo, es preciso soslayar todas las dificultades, tanto de tipo humano como técnico.

—Tengo absoluta confianza en ti, Luis.

—Gracias. Lo sabía. Y deseo ayudarte y ayudar a Eugene. Al final, ella me lo agradecerá. Y yo no habré hecho ningún sacrificio.

—Pero esa maniobra entraña un riesgo.

—Sí, lo admito. Pero yo no me marcho definitivamente. Cuando llegue el momento oportuno, empuñaré de nuevo las riendas y pondré las cosas en su sitio.

—Comprendo, Luis. ¿Qué quieres que haga?

—Nada. Déjame a mí. Sólo deseo que estés enterado de mis proyectos. Ariana posee la información precisa del plan «Rebelión». Confío en ella y sé que no lo divulgará.

»De momento, hay que alentar los propósitos de Eugene y no tratar de impedir que se reúna el comité de corrección para exigirme cuentas. Yo haré

las cosas de modo que tú seas elegido para sustituirme.

—¿Y no sentará eso un precedente para ulteriores desafueros?

—Lo que pretendo sentar es un precedente ejemplar que habrá de recordarse mientras dure el viaje.

—De acuerdo, Luis. Ocurra lo que ocurra, yo siempre estaré a tus órdenes. Sólo un ser superior a mí puede mandarme. Y mi fe en tu sabiduría no la perderé jamás.

—Lo importante es que nos conozcamos bien todos. Eso nos puede entretener veinte o treinta años. Pero el resto de la travesía será una balsa de aceite. Si alguna vez encontramos a los «andrómedos», les ofreceremos una imagen óptima de nuestras cualidades.

El coronel Yen-Kuang sonrió y repuso.

—Me parece excelente. ¿Y qué haré de ella?

—Cuando esté curada, será una excelente esposa, te lo aseguro.

—¿No sería mejor utilizar algún tipo de droga para modificar su mente? El fin justifica los medios.

—Es ilegal, Yan. No deseo recurrir a tales procedimientos. Además —Luis miró sonriente a Yan—, deseo conocer tu auténtica capacidad de mando. No te preocupes, tendremos ocasión para volver a hablar de este asunto. Y convendremos en que ésta es la mejor solución. Si me equivoco, siempre estamos a tiempo de rectificar.

* * *

Eugene Gallard, ávida de lograr su propósito, se buscó la complicidad de un hombre casado y de gran prestigio a bordo, perteneciente incluso al comité de corrección, y cuyo cargo era el de velar por la salud mental y física de todos los tripulantes: el doctor Frank Faller.

Eugene fue a verle, fingiendo imaginarios dolores. El médico la escuchó sonriente y trató de convencerla de que no era nada. Pero ella insistió en un reconocimiento general y el médico, para tranquilizarla, lo hizo.

La mujer del coronel Yan-Kuang era esbelta, bien formada y tentadora. Además, como estaba despechada y carecía de escrúpulos, actuó sutilmente con el doctor Faller, que era hombre íntegro, pero de extremada sensibilidad.

En la primera consulta ya vibró la sensibilidad del médico. Pero no se sometió a ella, portándose como un profesional, aunque Eugene realizó reiteradas provocaciones.

Al día siguiente, turbada ya la conciencia de Faller, Eugene volvió a visitarle. Alegó que los dolores habían aumentado. Y en esta ocasión el médico se rindió sin condiciones. Eugene era demasiado inquietante y turbadora.

No fue un acto superficial, como el de Ernest Coon. Faller se vendió a mejor precio, aunque en el siglo XXIV tales acciones eran menos importantes que tiempo atrás.

Y, naturalmente, Eugene se ganó la voluntad del médico, a quien envolvió

en sus tupidas redes, como la araña realiza con la descuidada mosca.

Mientras duró este «flirt», la intriga continuaba extendiéndose por la nave. Y, por si fuese poco, un incidente sin importancia, pero que hubiera podido ser de incalculables consecuencias, debido al error de un astrónomo, al facilitar un dato falso a las ordenadoras, que fue rectificado, evitándose una colisión con un planeta errante, lo utilizaron los confabulados contra Luis Colman, porque no sancionó al joven astrónomo.

Fue entonces cuando se alzó la voz del doctor Faller contra Luis. Lo hizo instigado por Eugene, pero eligió el comedor y la hora de más afluencia.

Frank Faller dijo a sus compañeros de mesa:

—Preferiría más tener a Luisa María Cambra de jefe en esta nave que a su irreflexivo hijo. Con el tiempo, habremos de lamentar nuestra indolencia.

»Es evidente que Luis Colman dedica más atención a nuestra bella cronista que a sus deberes como jefe de la expedición.

Estas palabras, en boca de un prestigioso individuo como Faller, causaron honda impresión en sus oyentes. Y de allí surgió la verdadera manzana de la discordia. Faller era muy respetado. Nadie podía sospechar que una mujer intrigante como Eugene Gallard le hubiese instigado a cometer tan despreciable acto.

Pero en el fondo de la cuestión había una razón oculta y desconocida, y no era Eugene la que movía los auténticos hilos de la maquinación, sino el propio Luis Colman. Por esta causa, el descontento se acrecentó y terminó en franca rebeldía.

Un día, varios jefes de laboratorio se reunieron para discutir el asunto. Allí estaba Ian Jansky, obedeciendo órdenes de Luis, y sus palabras fueron demoledoras:

—Todos sabéis que yo amo a Ariana Oderstein. Por ella traté de quitarme la vida, y lo hubiera hecho si Colman no me ofrece la oportunidad de formar parte de esta expedición.

»Con ello no trataba, ni mucho menos, de mantenerme unido a Ariana. Su maldad quedó pronto de manifiesto. Me ridiculizó delante de ella. Él es el jefe y lo demostró despóticamente. "Puedes unirte a Ariana, Ian —me dijo—. Yo puedo esperar veinte años. Estoy seguro de que tendréis una hija que será más bonita que Ariana". ¿Hay alguien aquí que pueda tolerar esto?

Ni siquiera el recto y sereno exobiólogo, profesor Ventroff, osó replicar. Peter Cushing, el ingeniero jefe, frunció el ceño y admitió:

—Desde luego, es posible admitir que Luis es una especie de pequeño tirano, a pesar de su aire democrático.

—¿Y por qué no le exigimos una explicación? —preguntó otro.

—Fue injusto con Nuogo Bakim, maltrató a Ernest Coon, ofendió a Eugene Gallard y lo que ha hecho con Ian Jansky es infamante.

—¡Propongo que se reúna el comité de corrección! —exclamó el doctor Faller—. Si es necesario, entregaremos el mando de la nave a Yan-Kuang. Y tú podrás ser el segundo jefe, Peer.

El aludido no se atrevió a decir nada. Posiblemente le gustó la idea de avanzar un puesto en el escalafón. Fueron los demás, excitados, quienes dijeron:

—Sí, sí, que se reúna el comité.

El comité fue convocado para el día siguiente. En el informe que se divulgó por las pantallas de comunicación interior, se dijo:

—En vista del descontento reinante a bordo, el comité de corrección ha acordado reunirse mañana, a las once horas, para pedir explicaciones al primer comandante de la «Sustra-Kamac», Luis Colman, de acuerdo con el apartado a), del artículo 29, del reglamento especial interior. A tal efecto, se convoca a Luis Colman, a fin de que comparezca y explique públicamente su conducta en los puntos que se le expondrán.

Por su parte, y también obedeciendo órdenes de Luis, sus amigos Juan Alberto y Andrés Durán, penetraron en la cámara blindada de seguridad, se apoderaron de algunas armas y salieron gritando por los pasillos:

—¡Rebelión! ¡Que se unan a nosotros todos los que estén con Luis Colman!

Sus gritos causaron pánico. Eugene llamó a la vigilancia interior por interfonovisión y la patrulla acorraló a Juan Alberto y Andrés, conminándolos a entregar las armas. El jefe de la guardia les dijo:

—Admiro vuestra lealtad a Luis, pero ese procedimiento no es adecuado aquí. El comité de corrección se reunirá mañana. Hasta entonces, nadie, ni siquiatra Luis Colman, puede crear partidismos. Lo siento, pero es mi deber arrestaros.

Isabel Boada, que llegó corriendo, se abrazó a Juan Alberto, llorando y suplicándole que tuvieran calma. También Ariana asistió a la escena. Ella era cronista de la astronave y tenía derecho a encontrarse allí donde ocurriera algo.

—¡Pero Ariana sabía lo que estaba sucediendo!

La patrulla de vigilancia se llevó detenidos a los dos amigos de Luis, y la calma volvió a reinar en la nave durante las horas que se consideraban, cronométricamente, como de noche, puesto que en el interior de la astronave fotónica no existía el día y la noche, como en la Tierra, aunque la iluminación artificial, de «día» era casi solar, mientras que «de noche» se vivía en una tenue penumbra, no por ahorrar energía, sino por cuestión psicológica y ambiental.

En su cabina, donde casi siempre estaba sola, porque su marido apenas aparecía por allí, Eugene Gallard estaba satisfecha. Si todo salía como Frank Faller le había dicho, Luis Colman sería destituido. ¡Y su esposo, para el que tenía un «tratamiento de reconciliación» especial, asumiría el mando!

Eugene era ambiciosa y sin escrúpulos. Pero había aprendido a ser paciente. No ignoraba que tenía una larga vida por delante para conseguir todo lo que se propusiera. El primer paso ya estaba dado. Los hombres, deslumbrados por sus encantos, habían sucumbido fácilmente; después, serían

peleles en sus manos.

No sería Yan-Kuang quien gobernase aquel reducido mundo sideral en rápido desplazamiento, sino ella. La ambición había calado muy hondo en su mente. Quería ser admirada y obedecida por todos. Se libraría de todas sus posibles rivales y hasta ideó un siniestro plan para desembarazarse de Ariana Oderstein, a la que odiaba por su belleza, y porque Luis la amaba, mientras que despreció sus encantos.

¿Podía pensar y obrar así una mujer del siglo XXIV, en una época de grandes y maravillosas realizaciones técnicas, desarrollada cultura y conquistas en todos los órdenes?

En realidad, según sabían muy bien los sociólogos, la mujer siempre era la misma, desde los tiempos de Eva. Se libró, debido a los sufragios, del yugo a que estuvo sometida durante siglos, considerada como un objeto para distracción del hombre. Conquistó las esferas de la ciencia, la industria y la política. Sin embargo, no podía dejar de ser mujer.

Y como ser humano no había una igual a otra. Todos los seres siempre fueron distintos, aunque parecidos. Eugene Gallard había heredado en los cromosomas de su código genético tendencias borgianas y era el prototipo perfecto de la madrastra del famoso cuento de *Blancanieves.*

La ciencia neurológica podía haberla tratado y convertido en una cordera pacífica y dócil, pero era hija de un alto dignatario de la vieja Europa y esto la convertía en intocable.

Aquella misma noche, Eugene fue a visitar en secreto a Frank Faller, con el que trató la cuestión a debatir en el comité de corrección.

Tomándola en sus brazos, Faller le dijo, sonriendo:

—Colman será destituido y Yan-Kuang asumirá el mando. Pero tú y yo continuaremos siendo amigos... ¡Eres adorable, Eugene!

—Me gusta que me quieras, Frank. En tus brazos me siento muy segura, protegida. Eres un hombre fuerte e influyente.

—Oh, nada de eso. Un simple médico.

—Con categoría para ser escuchado. Seremos tú y yo los que gobernemos esta nave. Nada se hará aquí sin permiso nuestro.

Faller arrugó el entrecejo.

—¿Qué quieres decir con eso? Yo no deseo mandar en la «Sustra-Kamac».

—Tengo ideas modernas, Frank. Ya te las iré explicando. Se me ha ocurrido que podemos vivir eternamente. En mil años de vida es posible desentrañar los secretos de la muerte y del envejecimiento. Poseemos la «Fórmula 10». Y no es necesario distribuirla entre todos. Sólo tú y yo. Los demás lo ignorarán. Nosotros viviremos y ellos morirán. Formaremos un pueblo que irá creciendo, desarrollándose.

Encontraremos los orígenes del hombre en Andrómeda o donde sea. Creo que no conviene perder el tiempo buscando. Hemos de crear una raza... ¡Y nosotros la regiremos eternamente, como soberanos absolutos e indiscutibles,

como inmortales!

Frank Faller empezó a inquietarse. Pero Eugene se dio cuenta de sus temores y supo envolverle sutilmente en sus brazos, dejándose amar por el apasionado médico.

Eugene sabía hacer feliz a un hombre. Y entre bromas, palabras almibaradas y susurros de amor, hizo suyo al hombre que pensaba esclavizar como a todos los demás.

En realidad, lo que Eugene pretendía era humillar a Luis Colman, subordinarle a sus antojos y caprichos, porque era el único hombre que la había despreciado.

Eugene Gallará ignoraba que Luis Colman estaba intelectualmente muy por encima de ella y conocía con todo detalle todos sus turbios manejos. Era ella la que actuaba según Luis quería.

Luis Colman mandaba la «Sustra-Kamac» por ser superior a todos sus subordinados, ¡y lo estaba demostrando en silencio!

CAPÍTULO VI

El comité de corrección, predispuesto por Frank Faller, con el apoyo del tercer comandante, Peer Cushing, fue implacable en la exposición de los cargos contra Luis, quien, sentado ante aquel tribunal, inquisidor, escuchó acusaciones muy severas.

—¡Irreflexivo, brutal, despótico, tiránico, desconsiderado y cruel! —bramó Faller, señalándole con el dedo—. Pero eso no sería nada, comparado con la fatuidad y el engreimiento de quien se considera superior a los demás, sólo porque su padre fue un reconocido explorador y su madre, la amiga del profesor. Clint O. Miller, el descubridor de la «Fórmula 10».

—¡Protesto! —gritó Luis, enérgicamente—. No tienes derecho a insultar a mi familia.

—No trato de insultar a nadie —replicó Frank Faller, mordaz—. Siento un respeto muy grande por las libertades humanas para sacar a la luz pública esas ligerezas insignificantes.

»Pero no negarás que al nombrarte jefe de esta expedición se realizó un grotesco acto de nepotismo... ¿O tal vez fue chantaje? Tu madre podía exigir al Consejo Mundial de Gobierno tu nombramiento como jefe de esta expedición intergaláctica, a cambio de ceder la «Fórmula 10», para que todos nosotros pudiéramos llegar a nuestro destino. ¿Vas a negar eso?

—Lo niego rotundamente.

—¿Y niegas que elegiste a Ariana Oderstein para venir contigo por su extraordinaria belleza?

—De esa acusación me siento orgulloso —respondió Luis, dirigiendo una sonrisa hacia donde estaba Ariana, grabando todo cuanto se decía allí.

—¿Y niegas haberte burlado del joven que atentó contra su vida al creer que su mujer amada se iba para no volver?

—Lo niego.

—Dentro de poco, el testimonio de Ian Jansky será esgrimido aquí en contra de tus propias palabras. Ahora, hablemos del incidente que costó la vida al técnico de máquinas Otto Warmer.

»Dos hombres discutieron y pelearon. Warmer murió a consecuencia de esa reyerta. Este comité se reunió y recomendó castigar al agresor con tres años de encierro.

»Sin embargo, tú, acogiéndote a una improcedente y falsa caridad, ordenaste dejar en libertad al culpable. ¿Para qué estamos nosotros aquí? ¿Es que un comité de corrección, como un tribunal de justicia, no está facultado para saber lo que es justo y lo que no lo es?

»Tuviste que demostrar el desprecio que sentías por nosotros. Quisiste dejar patente que eras el dueño absoluto de todo cuanto nos rodea...

»—¡Diablos sacrificadas! —pensó Luis—. Este tipo me está saliendo peor de lo que yo esperaba. Por supuesto que me condenarán, pero empiezo a dudar si podré rehabilitarme... ¡Debe estar ciego por Eugene para emplear

tono tan sibilino y acusaciones tan sofisticadas!»

Los seis restantes miembros del comité escuchaban a Faller con interés, seriamente. Le oyeron decir palabras fuertes y moderadas, alzar la voz y bajarla hasta casi un susurro, con un dominio perfecto de la oratoria, impresionando con matices punzantes y alusiones veladas contra la moralidad de Luis.

Al fin, Frank Faller calló. Y entre el público se oyeron algunos aplausos, no muchos. Eran mujeres en su mayor parte, aleccionadas por Eugene. Los hombres, en su mayoría estaban avergonzados; otros, se mostraban indecisos.

Luego pasaron los testigos. Ernest Coon pasó con el rostro cubierto de vendajes, que Faller le puso intencionadamente.

—Sí, me insultó y me abofeteó en su oficina. No traté de defenderme, pero le acusé de cobarde. Por esto me retó en público. En su enorme egolatría, quiso castigarme delante de todos. Y nadie debe dudar que su constitución física es superior a la mía.

Ian Jansky también acusó, aunque con cierta desgana.

—¡Nadie me ha humillado tanto como él! Me sentí el ser más miserable del universo. Para esto no merecía la pena haberme traído aquí. Es horrible verle siempre con la mujer que uno ama.

Ariana, pese a saber cuál era el verdadero sentimiento de Ian, se ruborizó como si las palabras de éste fueran ciertas, y no estudiadas por el propio Luis Colman.

Y el tercer comandante, Peer Cushing también habló:

—Tengo la sospecha de que no hemos tenido suerte con el jefe que nos han asignado. Desde el primer día, quiso mostrarse como liberal y demócrata. Pero no es cierto. Sus órdenes son imperiosas y absolutistas. Creo que, si no le destituimos, caeremos en el más abyecto y bajo de los despotismos.

»Y eso sería insoportable en un viaje tan largo como éste. Opino que debemos hacer uso del artículo 29 y destituirlo.

El profesor Ventroff, cuando hubieron terminado todos, propuso someter a votación la consulta. Así se hizo. De los siete miembros del comité, cinco votaron a favor de la destitución de Luis. Uno votó en contra y otro se abstuvo. La abstención fue del coronel Yan-Kuang, puesto que si Luis era destituido, él asumía automáticamente el mando de la astronave.

La votación en contra de la destitución fue la del profesor Ventroff.

Verificado el escrutinio, el secretario del comité, Peer Cushing, señalando al aparentemente atribulado Luis, dijo:

—Este comité está facultado, según el reglamento aprobado por el Consejo Mundial de Gobierno, para destituirte del mando y colocarte en el último lugar del escalafón, hasta que, por nuevos méritos, si los hicieras, vayas escalando dentro de nuestra administración interna el puesto que verdaderamente mereces.

»Esta sentencia se comunicará a la Tierra, a través del centro de radioastronómico escucha de Kantville, para que sea divulgado por todos los

medios informativos.

Luis sabía muy bien que Yan-Kuang no transmitiría el mensaje, aunque, al no poder recibir noticias de la Tierra, esto le tenía sin cuidado, puesto que los lazos con la madre tierra habían quedado rotos.

—Así toda la dotación de esta nave avanzará un puesto en el escalafón oficial. Que así conste. Desde este momento, Yan-Kuang asumirá el mando y la responsabilidad de esta expedición.

»Debemos hacer constar, además —continuó diciendo Peer Cushing—, nuestro agradecimiento a la señora Eugene Gallard, gracias a la cual, con sus denodados esfuerzos, ha sido posible desenmascarar a incapacidad y la estulticia de este hombre. Propongo que este agradecimiento se haga constar oficialmente.

En la primera fila, entre el público, Eugene se sentía llena de satisfacción por el triunfo. Ahora, se había convertido en la mujer del primer dignatario de la nave.

—¿Tienes algo que alegar, Luis Colman? —preguntó, por fin, Peer Cushing.

Luis se puso en pie y dijo:

—Sí.

—Hazlo ahora. Constará en acta.

Antes de responder, Luis volvió la mirada en torno suyo. Con serenidad y aplomo, habló en estos términos:

—Habéis cometido una injusticia. Me habéis acusado sin pruebas. Os habéis dejado influir por las intrigas de alguien. Yo no soy lo que habéis dicho de mí, y si fui elegido para el mando de esta expedición, los ordenadores saben la causa.

»No os diré lo que va a suceder, pero habréis de reconocer públicamente vuestro error. Vendréis a que os ayude y vuestro arrepentimiento será vergonzoso y despreciable.

»Yo sé a qué obedece esta maquinación y el motivo no puede ser más vil y absurdo. Ya lo conoceréis. Ahora, haced lo que os plazca. Ya empiezo a ver el rubor en vuestros semblantes. No temáis. Cuando me necesitéis, acudiré a vuestro lado. Yo no soy de los que faltan a los sagrados deberes que me fueron encomendados. Podéis estar tranquilos a ese respecto. Que no se turbe vuestro sueño. Luis Colman ha sido expulsado. ¡Pero volveréis a llamarle!

—¡Fatuo, engreído, estúpido! —gritó Eugene bruscamente.

* * *

Aquel mismo día, Eugene, siguiendo el plan trazado, buscó la manera de reconciliarse con su marido, al que fue a buscar al control de vuelo. Y Yan-Kuang, también siguiendo el mismo plan, aceptó escuchar a la mujer con la que estaba casado.

—Quiero felicitarte por tu ascenso. Ahora eres el amo, querido. Y creo que no es necesario continuar separados. ¿Qué tienes contra mí? ¿Acaso te

han dicho los que me envidian, los despechados y los chismosos que coqueteo con otros? ¿Te lo has creído?

Yan-Kuang tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para no abofetear a la farsante. Tenía que obedecer las órdenes secretas de Luis y por esto se contuvo.

—Es tu carácter, Eugene.

—¿Mi carácter? ¿Todavía no estás acostumbrado a mis caprichos? ¡Eres como un niño, querido! Me casé contigo porque te amaba. Eres el hombre más apuesto y gallardo de todo el sistema planetario. Yo quería un hombre como tú. Y me siento muy orgullosa.

»Pero no podemos dejarnos llevar por el orgullo. Somos seres superiores.

Ella, felinamente, se acercó a él y le acarició. Y, como en el fondo de todo, lo que se proponía Luis era la solución conciliatoria, él entornó los ojos y aceptó aquellas caricias, aunque sentía un acusado desprecio por su mujer.

Pero fiel a la consigna, y por salvar a Eugene, aceptó incluso sus besos. Aquella noche, por vez primera en bastantes días, durmieron juntos. Y Yan-Kuang llegó a pensar en que el plan de Luis era mejor que el suyo, ¡porque Yan había llegado a pensar en estrangular a Eugene!

Al día siguiente, Eugene, vistiéndose ropas inadecuadas para la vida interior de la nave, perfumada y maquillada con exotismo, suplicó a su marido ser relevada del destino al frente del departamento alimentario.

—Deseo estar siempre contigo, mi amor. Ahora me he dado cuenta de que te amo con toda mi alma. Quiero ser como un perrito faldero para ti y acompañarte a todos lados.

—¡Eso no puede ser, Eugene! ¡Me destituirían si lo hiciera!

—¡Tú eres el que manda aquí, nadie puede oponerse a tus órdenes! Y no olvides que Peer Cushing me felicitó por mi labor contra Luis Colman. De no haber sido por mí, tú no serías el amo.

—No soy el amo, Eugene.

—Lo eres. Y tendrás que dar órdenes sin consultar con nadie, excepto conmigo. Yo te tendré bien informado de todo cuanto ocurre a bordo. Y será cuestión de ir pensando en sustituir a Ariana Oderstein de su labor de cronista. Ella no te hará buena prensa.

Eugene era sutil y rápida. Ignoraba que Yan-Kuang también quería concluir cuanto antes con aquella farsa, y por eso fingió aceptar todo lo que ella dijo.

Así, dispuso el cese de Eugene en el control alimentario. A la gente no le gustó aquello, y hubo quien se cuidó de decir que antes había mandado un hombre débil, «pero ahora gobernaba una mujer».

Eugene pronto empezó a dar órdenes. Primero, con permiso de Yan-Kuang, al que sometía a toda clase de presiones. Más adelante, ni siquiera consultaba con él. Fue iniciativa suya suprimir puestos de investigación en los laboratorios de ensayo y reforzar el cuerpo de vigilancia. Así formó una guardia de «corps» personal y concedió facultades extraordinarias de acción al

nuevo jefe del cuerpo, una de cuyas secretas actuaciones fue la de dar una tremenda paliza al doctor Frank Faller, porque la acosaba continuamente, pretendiendo de ella los favores de antes.

Cuatro vigilantes, con el rostro cubierto, penetraron un día en la enfermería, cuando Faller estaba solo, y por poco le matan. A pesar de que el médico gritó y pidió socorro, nadie acudió en su ayuda. Uno de los agresores, antes de retirarse, le amenazó:

—¡Y si vuelves a molestar a Eugene Gallard, la próxima vez fallecerás!

Frank Faller pagó cara su debilidad por aquella tortuosa mujer, a la que se prometió no volver a mirar en su vida. Pero fue a ver a Yan-Kuang y le contó lo ocurrido, después que las enfermeras le hubieran atendido.

Yan-Kuang llamó a Eugene y le preguntó, delante del médico:

—¿Has pedido a alguien que golpee a Faller?

—¿Yo? ¡Qué disparate, querido! Lo que ocurre es que este pobre imbécil me está molestando siempre. Alguno de mis admiradores habrá actuado por su cuenta. Hay que tomar medidas contra esos hombres, Yan.

—¡Eres falsa y cínica, Eugene! ¡Pero lo pagarás muy caro! ¡Te he de ver llorando lágrimas de sangre!

—¡Haz que lo encierren, Yan! ¡Me está insultando!

Yan-Kuang ordenó a Faller que se retirara. Luego, miró con desprecio a su mujer.

—El doctor Faller me ha dicho que para conseguir la destitución de Luis Colman te ofreciste a él.

—¡Infame embustero! ¡Tendrías que arrancarle la lengua por esa calumnia!

Yan-Kuang había sufrido mucho por todo aquello. Pero aún le quedaba que seguir purgando. Aquella noche, secretamente, fue a la cabina donde dormía Colman y le suplicó que terminase de una vez con aquella angustiosa comedia.

—¡No puedo más, Luis! Acepté cumplir esta farsa por obediencia. Pero lo que hago es superior a mis fuerzas. No sé cómo me he contenido esta vez y no la he matado. ¿Has visto al doctor Faller?

—No te preocupes de él. Se lo tiene bien merecido. Lo importante es que los demás lo sepan. Esto debe durar más tiempo. Ella tiene que anularte, mandar más que tú. Eso hará que se reúna el comité, a lo que, naturalmente, se opondrá por todos los medios. Y hasta puede que alguno salga peor parado que Frank Faller. Ésa será buena medicina para todos, y, especialmente, para ella.

—¡Pero es repugnante lo que sucede y lo que perseguimos no nos será perdonado!

—Estoy seguro que sí. Eugene terminará sufriendo tanto que cambiará. Y ahora, vete. No conviene que nos vean juntos.

Yan-Kuang salió. Poco después, también secretamente, llegó Ariana, la cual se echó en sus brazos, como buscando protección en ellos.

—Tengo miedo, Luis. Eugene es mala y rencorosa. Hoy ha ordenado mi cese como cronista. El oficial Brimes ha dicho que debo entregarle todos los apuntes y grabaciones.

—Dáselos, Ariana. No te opongas. No es una humillación para ti saber que el poder de Eugene es falso. Déjala flotar en su dorada nube. Yo lo que quiero es que suba muy arriba.

—¿Y si luego no hay modo de hacerla bajar? —preguntó Ariana, suspicazmente.

—Por algo fui nombrado jefe de la «Sustra-Kamac», querida. No temas. Controlo perfectamente este asunto. Incluso preveo que alguno puede salir lesionado. Pero no permitiré que Eugene se exceda.

—Tengo mucha confianza en ti, Luis. Hoy he hablado con Isabel Boada. Ella también confía en ti, a pesar de que no sabe nada de lo ocurrido.

—La he visto varias veces. Viene a darme aliento. Pensé decírselo, pero no es conveniente que lo sepan muchos. ¿Qué tal la labor de Juan Alberto y Andrés?

—Buena. Y hasta Ian empieza ya a quejarse. ¡Al pobre Faller le dan dado una paliza! ¿Quiénes han sido?

—Los nuevos amigos de Eugene, ésos de la vigilancia. Brimes dirigió el ataque. Se embrutecieron con drogas. Tengo quien me informa de todo.

—¿Y va a durar mucho más?

—Sí. Ella debe demostrar quién es. Luego, vendrá el desprecio y el arrepentimiento.

—¿Se arrepentirá? Yo no estoy muy segura.

—Querida, tienes mucho que aprender de mí. No te preocupes. La lección será ejemplar.

—A veces pienso en que algo puede escaparse a tu control y el resultado ser catastrófico. ¿No ha venido a verte?

—No, todavía no se siente muy alta. Ya vendrá —dijo Luis—. Todo lo ha hecho impulsada por su vanidoso corazón. No olvida que la ignoré. Por eso ha actuado así. Está firmemente convencida de que siempre ha de ser el centro de todo foco de sociedad. Los hombres están obligados a rendirse a sus pies, y si alguien no actúa como ella quiere, se ofende.

—Yan-Kuang hace muy bien su papel. ¡Pobre amigo! ¿La perdonará?

—Al principio, no. Pero nuestra existencia será larga. Y cuando se convenza de que su arrepentimiento es verdadero, la perdonará.

—Confiemos en que no trate de matarse.

—He pensado en eso. No lo hará. Cuando sea derrotada, se la vigilará estrechamente, durante algún tiempo. Lo que importa son los demás. Aquí es preciso que sucedan estas cosas. El cambio de una vida normal y breve a la longevidad que nos espera debe provocar reacciones fuertes, casi desesperadas. Lo discutí con los sociólogos y están de acuerdo conmigo en la necesidad de crear estas «distracciones».

—Sí, supongo que tenéis razón. ¿Y qué haré yo?

—Si te mandan a fregar platos, obedece. Será un sacrificio que harás por mí. Yo soy el último peón de esta nave y no me siento avergonzado. Todo es necesario hacerlo, no importa quien lo haga.

»Se extrañan muchos de verme sonreír cuando trabajo en la limpieza de los lavabos. Incluso bajan la cabeza al verme allí. Yo los saludo a todos por su nombre y les pregunto por su salud. Algunos me responden con evasivas y otros se callan.

»En el fondo, les estoy dando una lección de humildad que sabrán apreciar a su debido tiempo.

—¡Eres maravilloso, Luis; por eso te quiero tanto!

CAPÍTULO VII

Yan-Kuang fue quedando paulatinamente anidado por la tiranía de su mujer. Delante de los oficiales de navegación, le lanzó una serie de insultos bochornosos que hicieron a Yan-Kuang retirarse.

Eugene no se recató en absoluto al decir:

—¡Tú no eres hombre ni nada! ¡A pesar de tu aspecto, yo sé muy bien por qué tengo que buscar el amor de otros individuos! ¡Eres un inútil y exigiré la anulación de nuestro matrimonio! ¡No tengo por qué seguir encadenada a ti más tiempo!

Eugene mandaba ya como la auténtica soberana de la nave. Pero ignoraba que el descontento era casi general. Sólo unos pocos, que se habían aprovechado de la situación, como Ernest Coon, Milo Brimes y otros, la adulaban continuamente, pero lo hacían para disfrutar de los favores de Eugene, que sabía ser complaciente con sus amigos y aduladores.

Ya nadie se atrevía a oponerse a sus caprichos. El profesor Ventroff había sido recluido en una cabina, habilitada como cárcel, por decir públicamente que Eugene era intolerable y que sucederían cosas peores. La misma suerte corrió Peer Cushing, poco tiempo después. El tercer comandante de la astronave estaba comprendiendo la verdad y pidió la reunión del comité de corrección. Por esto, Eugene le hizo encerrar.

Los demás miembros del comité optaron por callar. Fue Frank Faller quien los había impresionado. Se decía que Eugene poseía gran número de amigos íntimos que estaban dispuestos a hacer por ella cualquier cosa.

Y, al final, no sorprendió a nadie la decisión tomada por Eugene, de acusar a su propio esposo de inútil, porque ella misma provocó un incendio en el laboratorio de física, donde dos hombres resultaron con graves quemaduras.

—Yan-Kuang está incapacitado para el mando de esta nave —acusó Eugene—. Es infiel, inútil e incompetente. Por eso tengo que prescindir de sus servicios. Yo misma gobernaré la nave e impondré la más estricta obediencia a todos, porque sólo hay un modo de conservar el orden y la disciplina.

»La vigilancia estará a mis órdenes. Irán armados y arrestarán al que trate de alterar la paz. Dentro de poco, promulgaré un reglamento nuevo, más idóneo a las circunstancias reales de la dotación.

»Aquí se necesita un poder absoluto y firme. No me doblegaré ante nadie e impondré la represión si es necesario. El deber que me he impuesto tiende a conseguir el fin primordial de la expedición, cuyo sagrado destino cumpliré hasta la muerte.

»Pero seré inflexible con los que atenten contra la integridad del nuevo reglamento.

Aquella declaración causó furor. Pero la vigilancia, armada y aumentada con nuevos elementos, sofocó las protestas. Pronto se supo que el oficial Brimes podía encarcelar a quien le viniera en gana, como ocurrió con Ariana Oderstein, cuando ésta trató de defenderse del obsceno ataque que fue objeto

por el propio Milo Brimes.

Ariana fue a ocupar una celda desprovista de toda comodidad, donde estaba encerrada la que había sido secretaria de Luis, Anna Romain.

Por su parte, Luis Colman comprendió que había llegado el momento de actuar. Sólo esperaba la visita de Eugene, la cual, forzosamente, tenía que ir a verle para tratar de humillarle. Esto era inevitable. Yan-Kuang había dicho a Luis que ya no esperaría más y que si era preciso, golpearía a su mujer.

Luis le apaciguó diciéndole:

—Ya falta poco, Yan. Y te confieso que todo ha ido más rápido de lo que yo esperaba. Es impaciente Eugene... ¡Impaciente e impulsiva!

—Pero ¿qué estamos esperando?

—Deseo que me refriegue su triunfo por el rostro, Yan.

—¿Para qué?

—Para poder escucharla, mientras habla, y luego echarle en cara todas sus palabras. Estaré atento. Memorizaré hasta las pausas.

—¿No es soportar demasiado?

—No, puesto que yo sabía todo lo que iba a suceder. Y sabes muy bien que lo hemos hecho por ella.

—¡Es que no aguanto más, Luis! —se lamentó Yan-Kuang—. Hace falta tener mucho temple y nervio para contenerse.

—Mucho más es necesario para vivir mil años encerrado entre las paredes de iridio de esta nave, Yan. No olvides que hemos dejado de ser terrícolas, como los que habitan nuestro mundo, para convertimos en seres completamente distintos. Somos «homos stelaris», o, al menos, debemos tratar de serlo.

—Te comprendo, Luis. Pero tengo muchas dudas. ¿Tú estás seguro del resultado final de todo esto?

Luis Colman sonrió, tratando de tranquilizar a su compañero.

—De haber tenido la más mínima duda, no lo habría hecho.

—Jamás llegaré a comprenderte, Luis. Vivimos a distintos niveles intelectuales.

—Tendrás que esforzarte, Yan. Piensa en que hemos de superamos continuamente o sucumbiremos. Tenemos a nuestra disposición medios adecuados para obtener clarividencia. La farmacología y el ejercicio psíquico nos ayudan. Nunca podemos abandonar la guardia, aunque el tiempo transcurra lentamente y no presagie alteración alguna. Surgirá la necesidad de actuar en el momento oportuno, y si nos sorprende desprevenidos, todo puede malograrse.

»Ése es mi punto de vista. Eugene nos ha creado una distracción, por medio de la tensión a que nos ha sometido. Es bueno, aunque ella lo ignore.

—Sí, pero, ¿no dejará huella en nosotros?

—¡Naturalmente! ¡Jamás lo olvidaremos, ni ella tampoco! Eso es lo importante. Han de suceder cosas para poder establecer la comparación. Esto no es metafísica, Yan; es psicología aplicada.

Yan-Kuang hubo de admitir que Luis Colman estaba mucho más preparado que él para afrontar situaciones insólitas, incluso para provocarlas y no perder jamás el control de los acontecimientos.

Luis Colman era un auténtico «homo stelaris», un hombre de las estrellas... ¡La representación avanzada de su época!

* * *

Milo Brimes, con un arma de fisión reducida en la mano, entró en la sala de dirección, donde Eugene Gallard estaba sentada detrás de la mesa, esforzándose por interpretar datos que no comprendía.

—¿Qué quieres, Milo? —preguntó ella, sin apenas alzar la vista.

—Charlar un poco contigo, preciosa.

—Déjame. Tengo trabajo.

—Deja tú el trabajo —declaró Milo, en tono autoritario—. Ernest Coon y yo hemos decidido que no debemos dejamos dominar por ninguna mujer.

Eugene abrió mucho los ojos, sorprendida. Miró el arma con la que le estaba apuntando Milo.

—¿Qué te propones, Milo?

—Acabar con tu peligroso juego. Las cosas han llegado demasiado lejos. Ahora, el mando lo tomaré yo.

—¿Tú? ¿Estás loco?

—Déjate de tonterías, Eugene. Eres una mujer bonita y tentadora. Nada más. Tu cabeza está hueca. Has querido jugar con nosotros, exhibiendo tus encantos y coqueteando con todo el que has necesitado para tus manejos.

»Arremetiste contra Luis Colman y utilizaste a Frank Faller para destituirle. Faller te odia a muerte. Incluso Yan-Kuang está dispuesto a cortarte el cuello. Pero nadie hará nada de eso aquí, porque la situación ha cambiado.

»Ahora, serás tú la que obedezca y yo quien dé las órdenes.

—¡Haré que te encierren tus propios hombres!

—Están ahí afuera, esperando, Eugene. Toca el timbre y llámalos. Acudirán, pero no te obedecerán.

Furiosa, Eugene presionó un botón del tablero. La puerta se abrió y aparecieron cuatro vigilantes armados.

—¡Arrestar a Milo! —gritó Eugene.

Los hombres, en vez de obedecer, se acercaron a ella y la rodearon. Uno acercó el proyector de su arma a la cabeza de Eugene.

—¿Qué es esto? ¿Estáis drogados? ¡Soy la jefe de esta nave!

—Tú no eres nada —habló Milo Brimes, acercándose a la mesa y apoyándose en ella—. Nada, Eugene.

El miedo empezó a apoderarse de la mujer. Miró en torno suyo, a los rostros inescrutable de los vigilantes, en cuyas pupilas parecía haber desaparecido el brillo de la inteligencia.

—¿Qué queréis hacer conmigo?

—Algo muy simple, querida. Vas a ser el entretenimiento de todos nosotros. No negamos que eres bonita y nos gustas. Llamaremos a Yan-Kuang para que sea testigo de todo. Utilizaremos tu propia cabina. Hay más de treinta hombres esperando...

Eugene trató de incorporarse, pero los cuatro guardianes sin expresión la sujetaron, obligándola a sentarse de nuevo.

—¡No! ¡Soltadme! ¡Yo os he hecho favores!

—¡Basta, lleváosla! —rugió Milo Brimes.

Los cuatro hombres agarraron a Eugene rudamente, y la levantaron de su asiento, llevándola casi a rastras hacia la puerta. Los gritos de la mujer atronaron la nave.

—¡Socorro, auxilio! ¡Soy vuestro jefe! ¡Ayudadme! ¡Yo os daré lo que me pidáis!

—Nadie te ayudará, Eugene Gallard —habló Milo, detrás de ella, con acento sardónico—. Todo el mundo te odia.

Eugene forcejeó, tratando de librarse de sus captores, pero fue inútil. La condujeron hacia el pasillo circular, donde estaban las cabinas de la tripulación. Allí había varios hombres esperando. Muchas manos se tendieron hacia ella, agarrándola del cabello y las ropas, arañándola y desgarrando sus vestiduras.

—¡Espéranos, preciosa! —dijo alguien^

—¿Serás cariñosa conmigo, reina? —preguntó otro.

Eugene gritó, suplicó y pataleó, pero de nada le sirvió, porque sus captores la llevaron a la cabina principal, ahora ocupada por ella, y donde antes se alojaba Luis Colman.

Abrieron la puerta y la introdujeron en el interior, arrojándola sobre la alfombra.

Y allí, ante ella, con su uniforme blanco, cruzado de brazos, estaba Luis Colman, en persona.

—Salid todos —dijo Luis, en tono suave.

Los vigilantes obedecieron. Milo Brimes se cuidó de cerrar la puerta.

En el suelo, Eugene alzó sus ojos verdes hacia Luis. En su semblante había una expresión de estupor.

—¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí? ¿Qué significa esto?

—He estado más de treinta días esperándote, Eugene —dijo Luis—. Creí que me llamarías para decirme que eras la dueña de «Sustra-Kamac», y que tu poder estaba por encima de todos nosotros. Luego he sabido que pretendías aprender a dirigir la nave.

«Por eso he resuelto terminar la broma.

—¿Broma? No entiendo... Estás destituido... No eres más que el último tripulante.

—El último puede ser el primero, según la dirección que se gire. Tú, por suerte para todos nosotros, no has sido nunca la primera. La ilusión impide contemplar la realidad.

»Nunca he dejado de ser el verdadero responsable de esta expedición. Y óyelo bien: ¡no hay aquí nadie capaz de hacerme abandonar mi puesto, si yo no quiero!

Eugene, que empezaba a reaccionar, se levantó y se situó delante de Luis.

—¿Has conspirado contra mí?

—Jamás. Sólo te he dejado actuar para ver hasta dónde eres capaz de llegar. Y estoy convencido de que una mujer inteligente no podía caer más bajo.

Inesperadamente, Eugene saltó hacia Luis, con las manos engarfiadas, como las uñas de una pantera, a la vez que gritaba:

—¡Te mataré por esto! ¡Te sacaré los ojos! ¡Maldito!

Luis no se inmutó. Sin esfuerzo, la asió por las muñecas, férreamente

—Quieta, cálmate. Te he llamado aquí para hablar, no para pelear. Yo no puedo reñir contigo. Sería una cobarde.

—¡Suéltame!

—Lo haré si te tranquilizas. Sé que estás excitada. Es la reacción lógica. Esos hombres que estaban en el pasillo no querían hacerte ningún daño. Todo era una comedia. En realidad, todo cuanto has hecho tú, incluyendo tus bajezas, era una comedia.

»Yan-Kuang ya no es tu marido. Como jefe de esta nave, tengo atribuciones legales para anular vuestro matrimonio. No eres digna de vivir con un hombre.

»Te va a juzgar el comité de corrección. Tus cómplices serán castigados también. Era necesario que ocurriera esto para que todos se dieran cuenta de los peligros a los que estamos expuestos en un prolongado viaje, fuera de nuestro ambiente natural.

»Yo necesitaba la reacción psíquica que se ha producido, y no me importó que casi todos creyeran que mi destitución era real. Este ardid fue fraguado entre Yan-Kuang, mis amigos y yo.

»Siéntate ahí, Eugene. Hablemos con calma. Escucharme y comprenderme, te hará mucho bien. La lección es sana y provechosa.

Con suave energía, dominando a su oponente, Luis llevó a Eugene hasta una butaca, donde la obligó a sentarse. Luego, retrocedió irnos pasos y se saltó ante ella.

—Empecemos por el principio, Eugene. Eres la única persona entre toda la dotación que se encuentra aquí sin méritos suficientes para estar con nosotros.

»El Consejo Científico Mundial me lo advirtió. Yo debía convertirte en alguien útil. Era necesario. Pedí que te dejaran en la Tierra, pero no fue posible. Tenías que acompañar a tu esposo. Tu padre presionó con firmeza y nos impuso tu presencia.

»Examiné el resultado de los «tests» que te hicieron. Fue terrible ver la clase de persona que eres. Y así quedó confirmado cuando nos conocimos. ¿Recuerdas, Eugene? Nos presentaron en el «Cantón» de París.

Inmediatamente, quisiste jugar conmigo. Soy medio brujo y leo el pensamiento, si me lo propongo. Leí tus ideas absurdas y me compadecí de ti.

»Luego, hablé con Yan-Kuang. Acordamos dejarte hacer, para ver hasta dónde podías llegar. Y éste es el resultado. Primero, Ernest Coon; luego, el nostálgico Frank Faller. Milo Brimes no ha sido más que un instrumento empleado por mí.

»¡Eres una mujer insignificante, Eugene! ¡No conoces la dignidad ni los sentimientos! ¡Hay un abismo entre tú y Ariana! Y, sin embargo, tú puedes ser igual o mejor que ella.

»Nos era fácil recurrir a un ácido antinucleico y reformar tu distorsión psíquica. Incluso hablé con el profesor Ventroff, al respecto. Pero rechazamos esa experiencia, porque todos nos encontramos sujetos aquí a condiciones ambientales excepcionales.

»La revulsión mental debía ser de orden psicológico. Estoy licenciado en esas ciencias. Yo me analizo primero a mí mismo, para comprender las reacciones de los demás.

»¿Qué dificultades había? Algunas, sí; pero todas fácilmente soslayables. Tú no eres «Ayesha», el personaje de la novela de H. Rider Haggard. Eres Eugene Gallard, nuestra compañera de viaje, a la que ahora nos vemos obligados a encerrar para que reflexiones profundamente.

»Habrás de ver tus errores. Tienes que darte cuenta de que la Tierra ya no es nuestro mundo, sino que formamos parte de un grupo que vivirá mil años... ¡Y esto no es una futesa, Eugene! Mil años aquí encerrada es más que suficiente para que se produzca un desequilibrio mental y físico.

»Contra eso hemos de luchar nosotros. Ésa es mi responsabilidad. Quien no sea ecuánime, sensato y equilibrado, no sirve para la función encomendada. Tú no sirves, pero no podemos eliminarte. Debes continuar con nosotros hacia M 31. Ésa es nuestra meta.

»¿Me vas comprendiendo, Eugene? Como esperábamos, has enfermado. Somos buenos médicos y te hemos ayudado, inyectándote el anticuerpo de la vacuna que te situará en condiciones de ser útil durante el resto del viaje.

»Cuando hayas reflexionado bien, en el transcurso de unos insignificantes años, podrás integrarte de nuevo a nuestra pequeña sociedad. Cabe, incluso, la posibilidad de que Yan-Kuang te haya perdonado y vuelva a tu lado. Aún os quedarán muchos siglos de matrimonio.

»En las actuales circunstancias, como comprenderás, no podíamos proceder de otra manera.

Eugene, dominada ya por el atinado mensaje del jefe indiscutible, había abatido la cabeza y escuchaba en silencio, produciéndose en su espíritu la primera reacción.

—No quiero abrumarte de reproches, Eugene. Sé que tú no eres culpable. Nosotros te hemos incitado a esto, porque lo necesitabas. He sido el químico que he provocado la reacción.

»Tenía que hacerlo. Muchos cerebros están ahora pensando en ti. Nadie te

acusa y todos te complacen. Ven, levántate.

Ella obedeció. Se alzó, le miró y preguntó, con voz que no parecía la de él.

—¿Puedo darte un beso, Luis?

—Sí. Hazlo.

Ella acercó sus labios a los de él. Quizá fue el primer beso humano y normal que dio en su vida. Había humedad y angustia en sus labios. Y también un incipiente deseo de gratitud.

Salieron juntos. Afuera, Milo Brimes y sus hombres, ya sin armas, la rodearon.

—Llevadla a su encierro, Milo —dijo Luis—. Luego nos reuniremos todos en la sala de juntas.

También habían desaparecido los hombres del pasillo. Sólo Yan-Kuang, ante una cámara de recepción positrónica interior, vio cómo su mujer era conducida hacia su encierro.

El coronel astronauta, hombre firme y duro, sintió asomar lágrimas a sus ojos.

CAPÍTULO VIII

—No lo entiendo, Luis —dijo Ariana, sacudiendo la cabeza y mirando alternativamente al comandante de la «Sustra-Kamac» y a sus amigos, que se hallaban reunidos en el despacho de dirección—. ¿Qué explicación plausible puedes darnos?

—Una muy sencilla —respondió él, con su mejor sonrisa—. Habéis perdido todos la noción del tiempo.

—¿Cómo? —preguntó el arquitecto Juan Alberto Cebrián—. Me tengo por un tipo sereno, equilibrado y ordenado. He hecho mis comidas reglamentarias, duermo mis horas.

—No, perdonadme todos. Os equivocáis en eso —Luis se puso en pie. Antes de abandonar la mesa, presionó varios timbres del tablero. Luego, fue hacia el muro, donde se había descorrido un panel secreto, mostrando la esfera de un reloj atómico—. Ved esto. No hay alteración posible. Es el único reloj de a bordo que marca las horas terrestres... La fecha ha sido comprobada perfectamente... ¡Estamos a 11 de marzo del año 2525; por tanto, han transcurrido doscientos diez años solares desde que abandonamos Baalbeck!

—¡Imposible! —exclamó Andrés Duran.

Luis se volvió a todos, sonriente.

—¿No lo crees? Puedo explicártelo perfectamente. Se ha añadido una sustancia a las comidas, que dilataban considerablemente las horas entre apetencia y apetencia. Otra sustancia prolongaba el sueño de todos nosotros. Y las horas de vigilia, las que os parecen cortas, han estado activamente ocupadas en actividades extrasensoriales. Ésa es la explicación.

—¿Hemos sido objeto de una experiencia? —preguntó Ariana, todavía sin comprender.

—Exactamente. Se planeó con todo detalle y se ha llevado a cabo en el mayor secreto. Todos los que han intervenido en la realización de éste, llamémosle engaño, ignoraban el fin que se perseguía. En realidad, sólo yo, a bordo de la «Sustra-Kamac», conocía el tiempo solar transcurrido, aunque estaba sometido, como es lógico, a la misma experiencia que todos. Mi sorpresa, cada vez que consultaba este reloj, era grande

»En realidad, la finalidad es comprensible. Abreviar el viaje, acortarlo, aunque fuera de modo irreal. Era preciso crear «distracción» y Eugene Gallard nos la ha dado, como todos sabemos.

»Imaginad lo que habría sido esto si el tiempo hubiera sido real. Nos convenía a todos pasar la prueba transitoria de los primeros cien años.

»Cien años terrestres son una larga vida. La angustia habría atormentado esa etapa primera, porque ninguno de nosotros tenía consciencia de que la «Fórmula 10» fuera una realidad, como ahora sabemos firmemente.

—¿Quiere eso decir que todos nuestros parientes y amigos ya han muerto?

La pregunta de Isabel Boada causó honda impresión. Luis, empero, replicó pronto y acertadamente.

—Ignoramos lo que ha ocurrido en la Tierra. Nos alejamos tan rápidamente de allí, en aceleración progresiva, que no pueden alcanzarnos las ondas ultramagnéticas. Ellos, en cambio, captan nuestros mensajes e informes y saben todo cuanto ha sucedido.

»Tienen muchos científicos estudiando nuestras reacciones psíquicas, que se han ido relevando, supongo, durante estos doscientos diez años transcurridos.

»Digo supongo, porque ignoro lo que se ha avanzado en materia de producción de la «Fórmula 10». El propósito de Clint O. Miller y de mi madre era intensificar el cultivo de *bulbo amaris*. Han podido, incluso, orientarse en otros sentidos y hasta descubrir fórmulas nuevas y más acertadas. Ya sabéis que, desde hace siglos, la biología trata de prolongar el promedio de vida del hombre, luchando contra las enfermedades que diezmaban a nuestros antepasados.

»Sin embargo, pasará tiempo antes de que se logre la inmortalidad, si es que estamos destinados a ello, cosa que me resisto a creer.

»De todas formas, nosotros estamos ya desvinculados de ellos. Hemos saltado al espacio, donde ignoramos lo que nos espera. También hemos saltado en el tiempo, avanzando doscientos diez años, cuando creíamos haber vivido unos meses.

»Esto es importante. Ya sabemos que podemos vivir más de cien años. Sabemos también los años de luz recorridos y que nos encontramos más cerca de la Galaxia M 31 que de nuestra propia Galaxia.

»Todo esto ha sido posible gracias a los registros y células secretas introducidas en las memorias de cálculo. Lo que al principio era de dos o tres ciclos de veinticuatro horas, representando un día, se aceleró hasta alcanzar casi un mes.

—¿Treinta días a cambio de veinticuatro horas? —se asombró Ariana.

—Sí. Ése es el avance registrado en los relojes de la nave.

—Si hubiera traído mi clepsidra no habríais podido engañarme —apuntó Andrés Durán—. Lo que me extraña es mi estómago. Desayuno al levantarme, como a mediodía y resulta que han transcurrido siete u ocho días. Luego, ceno ocho días más tarde.

—En realidad, las horas de sueño se han prolongado más que nada. Significan la tercera parte del día «mensual».

—¿No nos engaña ese reloj? —preguntó Juan Alberto Cebrián—. Se me hace más fácil creer que el engaño ha estado ahí. No recuerdo haberme sentido fatigado por varios días de continuo trabajo.

—Os repito que todo fue estudiado y planificado. Al principio, se alargó el día en unas horas. El circuito impreso de control de tiempo acelerado ha actuado progresivamente. Cada día un poco más de tiempo del siguiente día, hasta avanzar un período de veinticuatro horas en los primeros meses.

—De modo que ya tenemos más de doscientos años, ¿eh? —dijo Isabel Boada, mirando a Juan Alberto.

—Sí, ¡qué manera de malgastar el tiempo! Supongo que habremos evitado muchas rencillas.

—¿Cuánto tiempo real ha durado el reinado de Eugene?

—Sesenta años, exactamente.

—¡Cielos! ¡Creí que sólo habían sido un par de meses! Pero nosotros seguimos igual.

—Sí. Ése es el milagro de la «Fórmula 10» —dijo Luis Colman, volviendo a sentarse—. Y ahora, que ya estamos seguros de haber prolongado la existencia, se impone recuperar el tiempo perdido.

Todos abrieron mucho los ojos, sin comprender dónde quería ir a parar Luis.

—¿Quieres decir que vas a invertir los factores de tiempo?

—Poco más o menos. Se trata, simplemente, de girar en sentido contrario el reloj del tiempo, para que el proceso se realice a la inversa. Paulatinamente, se irán acortando los días, del mismo modo que hasta ahora iban aumentando, hasta llegar a establecer el tiempo real de veinticuatro horas. Y luego, continuando por ese mismo camino, ¡hasta llegar a tomar ciento veinte comidas al día, creyendo que han transcurrido tres meses!

—¿Y el organismo resistirá eso? —preguntó Andrés.

—¡Naturalmente! Si ahora ha sido preciso cargar de vitaminas y calorías el cuerpo, para prolongar las apetencias, en el otro orden se quitaran. El cuerpo debe acostumbrarse a todo. Sólo los análisis de laboratorio podrían revelar estas anomalías. Pero esas experiencias no se realizan, precisamente para no descubrir el engaño.

»Nuestros organismos son un complicado laboratorio químico. Los procesos de asimilación, aglutación, distribución, etc., se realizan de modo continuo. Lo importante es conservar siempre un equilibrio perfecto.

»Si se rompe este equilibrio, surge, la irregularidad, la enfermedad, en otras palabras. Y como todo ha sido previsto y calculado, obedeciendo las instrucciones grabadas en los circuitos, el cambio se produce de modo gradual. La finalidad está bien clara: experimentar sobre nuestra noción del tiempo, salvar el período de los primeros cien años de navegación y, más que nada, realizar la «aclimatación psíquica».

—Eso preocupaba mucho a los científicos —afirmó Ariana—. Se decía que nadie podía aclimatarse a períodos tan largos de navegación sideral.

—Se decía mucho. Sólo nosotros sabemos la verdad. Por eso os ruego que guardéis el secreto. Nosotros cinco vamos a ensayar una experiencia nueva y más completa, puesto que sabremos que estamos retrocediendo al tiempo real y, a pesar de ello, tenemos que habituarnos como los demás.

—Pero pronto perderemos la noción.

—No, Andrés. Este reloj estará a nuestra disposición. Lo podremos mirar de vez en cuando. Realizaremos unas conexiones especiales al circuito interior de comunicaciones y las pantallas de vuestras cabinas, conectando al número que os daré, os señalará el día y la fecha verdaderos.

—¡Será asombroso realizar esas comprobaciones! ¿No temes que nos volvamos un poco locos?

—¿Y crees que estamos cuerdos? —terminó Luis jocosamente.

* * *

La vida a bordo había vuelto a la normalidad Eugene y varios más, cómplices del desvarío de ella, estaban encarcelados, aislados, casi en la penumbra, y disponían de escasos metros cuadrados para poder moverse. Se les vigilaba a través de cámaras secretas de T.V. Se les daba alimentos y agua y se les permitía asearse periódicamente.

Frank Faller había sido condenado a un año de encierro, como Ernest Coon y otros dos. Peer Cushing, el ingeniero jefe y tercer comandante de la nave, sólo tenía que cumplir un encierro de seis meses.

Eugene, en cambio, fue sentenciada a diez años. Pero Luis añadió a la sentencia una cláusula, por la cual esta condena podía reducirse a partir de los cinco años.

Y como su matrimonio con el coronel Yan-Kuang había quedado anulado, gracias a las facultades extraordinarias en materia jurídica concedidas a Luis Colman, ambos estaban en condiciones de elegir nuevo cónyuge.

Eugene, por supuesto, no podía hacerlo, en su encierro. Pero Yan-Kuang se casó con Anna Romain, la secretaria de Luis, y tuvieron un extraño hijo, que nació en pocos días, desconcertando a médicos y a los padres, quienes expusieron el «fenómeno» a Luis.

Éste tomó datos del caso y luego los olvidó. De sobra sabía él a qué obedecía el extraño misterio que tanto preocupaba a los hombres de ciencia de la nave.

Luis y Ariana también se habían casado. Ahora vivían juntos en la cabina de él. Allí escribía la joven las crónicas del viaje y redactaba los primeros capítulos de un libro que debía ser inmortal.

Ian Jansky encontró a una muchacha, del laboratorio de investigaciones físicas, de la que se enamoró, y también contrajo matrimonio. Para efectuar una boda se recurría a un procedimiento sencillo y antiguo. Ambos contrayentes firmaban en un libro que guardaba Luis, donde se anotaban los datos personales de cada uno. Si el matrimonio se deshacía, como ocurrió con alguna frecuencia después, al caer en la monotonía, ambos cónyuges acudían de nuevo a Luis, quien anulaba la primera inscripción.

En lo que se llevaba un riguroso control, lógicamente, era en los nacimientos. Cada parto llevaba consigo un profundo estudio de las peculiaridades físicas de los padres.

Con el correr del tiempo, Luis tuvo que negar permiso matrimonial a numerosas parejas, por diversas circunstancias.

La dotación aumentó hasta más de seiscientos individuos, en la primera fase de travesía, aunque se había calculado para dos mil. Por esto, fue preciso, más tarde, controlar rígidamente la natalidad.

Las experiencias de tiempo real e irreal se realizaron y luego volvieron a la normalidad del tiempo terrestre.

Para entonces, todos los primeros componentes de la expedición, los nacidos en la Tierra, habían cumplido casi trescientos años. El aspecto que ofrecían, sin embargo, era casi igual que cuando emprendieron el viaje.

Ariana, por ejemplo, parecía una mujer de treinta años, mientras que Luis no representaba los cuarenta. Y, sin embargo, habían cumplido más de trescientos años.

Hablando de esto, un día, en su cabina, Ariana dijo:

—Tengo la sensación de que llevo aquí sólo dos o tres años, Luis. Sólo me preocupa lo que haya sido de todos los amigos y familiares que dejamos en la Tierra.

—Debía ser un recuerdo lejano, sí. Pero ya tenemos hijos casados, Ariana, aunque tengo la misma impresión que tú. A veces veo a mi madre como si estuviera a mi lado.

—¿Qué rumbo habrá seguido la Historia en estos, años? ¿No sería más importante volver y ver lo que ha sucedido, en vez de seguir adelante hacia esos todavía lejanos mundos, donde ignoramos lo que vamos a encontrar?

—No creas que no lo he pensado, Ariana. Incluso se me ocurrió desandar parte del camino, para ver si podemos captar algún mensaje de la Tierra. Hemos hecho un cálculo. Si perdemos un año únicamente, retrocediendo, podremos captar mensajes enviados cien años después de nuestra partida.

—¿Cómo puede ser eso? ¿No viajamos casi a la velocidad de la luz? Lo que no comprendo es cómo no recibimos radioondas, si viajan más aprisa que nosotros.

—Es debido al efecto de radiación Kerby. Nuestra aceleración es progresiva y relativa a un tiempo. Jamás nos alcanzarán las ondas de radio en el hiperespacio. Pero si retrocedemos cierto tiempo, las radiaciones estelares se invertirán. Piensa que si ahora volviéramos a la Tierra, allí habrían transcurrido bastante millones de años. Puede que ni siquiera exista nuestro mundo.

Ariana fue a decir algo, pero se interrumpió al escuchar el zumbido de la pantalla diódica de comunicación interior.

—¿Quién será? —preguntó Luis, poniéndose en pie.

Conectó el televisor y apartó el rostro alarmado de Yan-Kuang.

—¿Qué ocurre, Yan?

—Hay epidemia a bordo.

—¿Eh, cómo?

—Me acaba de llamar Faller. Seis personas han acudido a él, víctimas de una extraña dolencia. Tiemblan y están helados. Parece ser que hay más casos.

—¡Voy inmediatamente a la enfermería!

—No te lo aconsejo, Luis. Debemos mantenemos aislados. Que nadie se mueva de donde se encuentra. Hemos de solucionar el problema sin contactos,

hasta no saber qué ha producido esa dolencia y cómo se puede atajar.

—De acuerdo, Yan. Corta. Llamaré a Faller.

Ariana se acercó a su marido, mientras éste iniciaba una serie de llamadas. Se enteró que uno de los enfermos era su amigo Andrés Durán. También llamó al departamento de alimentación, donde Eugene se había incorporado a su trabajo, desde que cumplió sus seis años de encierro. Ya habían transcurrido más de ciento cincuenta años desde entonces. Y Eugene jamás dio muestras de inadaptación, a pesar de que era la persona más controlada de la nave.

—Eugene, ¿qué han comido hoy los...?

—¡Estamos revisando los controles, Luis! —replicó Eugene, algo nerviosa—. Me han llamado Yan y el profesor Ventroff. Creen que hemos cometido un error en los alimentos. Si existe, ha sido involuntario. Todas estas máquinas se han hecho viejas y han podido sufrir desgaste.

—¿Te hace falta gente?

—Te agradecería mucho me enviaras personal técnico. Si la causa está aquí, la corregiremos cuanto antes. Pero, por lo que me ha dicho Faller, según los síntomas, no se trata de una intoxicación. Puede tratarse de algún germen externo.

CAPÍTULO IX

Las seis personas enfermas se convirtieron en veinte a las pocas horas. El pánico cundió, empezaron a morir algunas, víctimas de un intenso frío que no podía mitigar ni las mantas termógenas, capaces de elevar la temperatura a más de cien grados.

Los temblores sacudían a los enfermos, que, como pronto se averiguó, pertenecían al grupo tercero, o sea el último de los que estaba dividida la dotación, puesto que se relevaban en los lugares de trabajo cada ocho horas reales.

Aquel tercer grupo iniciaba su jornada laboral a las doce de la noche y estaban ocupados hasta las ocho horas de la mañana. Luego, comían, descansaban, se entretenían y repartían su ocio de diversas maneras. Formaban también un grupo homogéneo en el comedor a horas distintas de sus otros compañeros de los grupos primero y segundo.

Fue Yan-Kuang quien estableció este vínculo entre todos los enfermos de tan insólita como desconocida dolencia.

—Todos, sin excepción, pertenecen al grupo tercero, Luis. Lo he comprobado.

—Faller acaba de comunicarme que ya han muerto quince. Teme que mueran los restantes. ¡Hemos de hacer algo!

—¿Qué? Nadie logra averiguar las causas. Se han hecho las autopsias y no se logra averiguar nada.

—¿Y los que investigan en el departamento de alimentación? ¡Es paradójico, Yan; pero todos los problemas que hemos tenido han partido de ahí!

—Sé lo que quieres decir. Pero dudo que Eugene tenga algo que ver con esto.

—No perdamos la cabeza, Yan. Yo no estoy acusando a nadie. Sólo deseo saber las causas y evitar que mueran más personas. Necesitamos examinar el aire, el agua, los alimentos, la luz, las radiaciones... ¡Todo! ¿Me entiendes? Sólo sabemos que todas esas personas tienen en común el pertenecer a un mismo grupo. Por tanto, parece plausible que hayan ingerido algo distinto a nosotros. Hacia ahí quiero buscar.

Una insistente llamada se mezcló en la imagen, indicando que alguien llamaba a Luis con urgencia.

—Corto, Yan. Ocúpate de eso. Y que nadie coma ni beba hasta nuevo aviso.

Yan-Kuang cerró la comunicación. En la pantalla de Luis apareció el preocupado rostro fue Frank Faller.

—Tu amigo Durán acaba de fallecer, Luis —dijo el médico.

Luis y Ariana sintieron encogérsele el corazón al escuchar la noticia.

—Gracias, Faller —musitó Luis—. ¿Hay alguna posibilidad para los otros?

—No encontramos ninguna. Esto es una epidemia extraña. Es preciso recurrir a medios paranormales para tratar de averiguar las causas de esto.

—¿Crees que obedece a causas extrafísicas?

—¡No lo sé! ¡Es sólo una idea! Los del laboratorio de metafísica me han sugerido esa idea. Quieren utilizar varios «médiums» en diversos trances.

—¡Que lo hagan! —exclamó Luis —. Yo les autorizo. Díselo a Klam.

Faller cortó la comunicación y Luis se volvió a donde estaba sentada Ariana, mordiéndose los puños, enrojecidos los ojos y con la angustia reflejada en el rostro.

—Es un azote, Ariana. No estaba previsto, aunque era posible. A pesar de cuanto hemos avanzado en materia de seguridad, ya ves que la muerte nos sigue venciendo.

»Pero no te inquietes. No pienso destruir ninguno de esos cuerpos. Serán sumergidos en helio líquido y los conservaremos a bajas temperaturas, hasta que descubramos las causas de su muerte. Entonces, los resucitaremos.

»Los científicos tendrán que ayudarnos. Hemos reunido millares de fórmulas nuevas que pueden ser aplicadas contra la muerte.

—Yo no tengo ánimos para seguir luchando, Luis. Estoy muy afectada. El viaje ha sido largo y la mente se resiente.

—¡No podemos decaer, Ariana! —exclamó él, tomándola de los hombros —. Es preciso resistirlo todo. ¿Me oyes?

—Sí, quiero obedecerte, Luis. Pero me siento como una mujer agotada y vieja.

—Es una falsa impresión. Debes sobreponerte. Voy a ponerme un traje protector. No puedo continuar más tiempo aquí encerrado. Mi puesto está afuera, tratando de averiguar lo que ocurre.

—¡No salgas, Luis! ¡Tengo un nefasto presentimiento!

—Es mi deber. Y rechaza esas ideas. Averiguaremos lo que sucede. Todo se solucionará.

* * *

Luis, enfundado en un moderno traje de vacío, con botellas de aire filtrado y purificado, llegó a la cabina de navegación, donde estaba encerrado Yan-Kuang y varios oficiales de astronomía. Todos se extrañaron al ver llegar a Luis de aquella guisa.

—Yo tomaré el mando, Yan —dijo Luis—. Éste es mi puesto. ¿Cuántas bajas se han producido?

—Casi todas, Luis. El tercer grupo ha sucumbido, excepto Ernest Coon.

—¿Tiene Coon los mismos síntomas?

—Sí.

Luis presionó un timbre del videófono y llamó a Frank Faller.

—¿Cómo está Ernest Coon?

—Empiezan a ceder los temblores y entra en calor. Es un caso insólito.

—Muéstrame su ficha clínica, Frank.

El médico obedeció. A los pocos minutos, toda la reseña del enfermo apareció en pantalla. Luis escudriñó el gráfico con atención y luego desconectó la pantalla, para efectuar otra llamada.

El semblante del doctor Klam, de barba puntiaguda y negra, ojos brillantes y labios cárdenos, apareció ante él.

—¿Han averiguado algo?

—Nada concreto. Tengo a cinco «médiums» en trance. Dos mencionan un veneno extraño, producido por oxígeno enriquecido. ¿No podría tener alguna relación con la atmósfera artificial que respiramos?

—Podría ser, Klam. Pero tengo otras sospechas.

—Otro de mis pacientes ha hablado de agua saturada de ferrita iónica.

—Pasa esos datos al laboratorio de física, Klam. Trata de hurgar más en sus subconscientes. Es importante.

—Sí, Luis. He perdido tres ayudantes que apreciaba mucho y no deseo que muera nadie más.

Luis efectuó otra llamada y habló con un tercer individuo, al que llamó por el nombre de Herrero. Lo singular y que llamó la atención de Yan-Kuang y los oficiales astrónomos fue que Luis empleó en esta conversación el antiguo idioma español.

—Quiero que prepares los depósitos de helio líquido, Herrero. Debes conservar todos los cadáveres y evitar la descomposición.

—¿Podrán revivir?

—Cabe esa posibilidad. Soy responsable de todos vosotros. Pero, más que nada, deseo impedir que alguien sea acusado de asesinato.

En la expresión de Herrero asomó la sorpresa.

—¿Quieres decir que...?

—Haz lo que te digo. En el laboratorio de física tendrán que devolver a la vida a todos esos individuos. Lo que necesitamos averiguar son las causas tan extrañas que producen la muerte.

—¿Has avisado a Faller?

—No es necesario. Te dará los cadáveres.

—Es mejor que se lo digas tú. Frank Faller ha cambiado mucho desde aquel asunto de...

—Olvídalo, Herrero. Ya se lo diré yo.

Al cerrar la comunicación, Luis se volvió a Yan.

—Será mejor que te retires a descansar. Si has de salir, ponte un traje como éste mío. Hay sospechas de que la atmósfera puede estar envenenada.

—¿No se habrá producido algún choque contra cuerpos extraños del exterior? —preguntó un astrónomo.

—La densidad molecular es nula, Walm. Además, los registros nos habrían advertido. El fenómeno ha surgido aquí dentro. Alguien ha preparado esto con años de antelación y estudio, hasta encontrar la fórmula extraña y desorientadora que le permitiera acabar con todos nosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Yang-Kuang.

—Será mejor que no me hagáis caso —replicó Luis—. Voy al control alimentario. Llamadme allí, si ocurre algo.

Luis abandonó el puente. Fue al depósito de seguridad y abrió la caja fuerte. Tomó un arma con funda y se la colocó sobre el pecho. En su mente germinaba una idea.

* * *

Había más de diez personas revisando toda la instalación alimentaria de la astronave, que se encontraba en el piso superior, bajo una cúpula transparente, donde se proyectaban las radiaciones artificiales que hacían crecer las plantas.

En los controles de síntesis y proteínas, Eugene, vestida con su traje blanco, tan esbelta como siempre, discutía con un físico, sobre un dispositivo de conexión. Pero al llegar Luis, disfrazado de aquel modo, todos se volvieron.

—¿Has averiguado algo? —preguntó el físico.

Luis miraba a Eugene y no respondió la pregunta. Hizo otra, a su vez:

—¿Puedo hablar contigo a solas, Eugene?

—Eres el jefe de esta nave. Estoy a tus órdenes. ¿Vamos a mi despacho?

Luis asintió y siguió a la mujer hasta el recinto donde ella solía trabajar, y que era una especie de laboratorio de botánica, mucho más revuelto y desordenado que años atrás, cuando ella apenas entraba allí.

—Hay algo que quiero decirte, Eugene. Ha pasado mucho tiempo desde que salimos de la Tierra. Sé que has aprendido muchas cosas que ignorabas, pero desconozco por qué causa o razón lo has hecho.

—¿Hecho el qué? —preguntó ella.

—Dedicar tu vida al estudio «biobotánico».

Eugene sonrió. Quizá lo hacía por vez primera en muchos años. Echó la cabeza hacia atrás, miró a su interlocutor y dijo:

—Ya no soy la que era, Luis. Ninguno de los que estamos aquí somos iguales que cuando salimos de la Tierra. Hemos tenido mucho tiempo para aprender. Rectifiqué mis errores y me he dedicado a buscar alimentos nuevos en este laboratorio. No podrás decir que he perdido el tiempo.

—No lo digo. Te venimos observando desde...

—¿No lo has olvidado aún, Luis?

—No. Lo siento. Mi memoria sigue siendo fresca.

Con voz dura, Eugene replicó:

—La mía también. Jamás olvidaré lo que ocurrió. ¿Has venido a repetir que eres el que más sabe?

«Estamos tratando de averiguar la causa, Luis. Sí esa extraña enfermedad ha nacido aquí, pagaré mi culpa. Me dicen que debieron comer algo que no estaba suficientemente controlado. Pero yo lo dudo.

—No he venido por eso, Eugene. Si eres inocente, no tienes por qué pagar culpa alguna. Pero si hay en ti un antiguo anhelo de venganza...

Eugene atajó a Luis, exclamando:

—¡Aquello pasó, Luis! ¡Fui una necia! ¡Ya no lo soy!

—Se me ocurrió pensar que, debido a los conocimientos adquiridos en materia de bromatología, en tus microscopios ha podido aparecer algún germen o virus capaz de producir temblores y frío en el organismo humano.

—Tienes mucha imaginación, Luis. No te lo niego. Pero me juzgas mal al creerme tan rencorosa —había tristeza en las palabras de Eugene—. Si eso fuera cierto, ¿por qué había de querer acabar con toda la dotación?

—No se me ha ocurrido que quieras exterminarnos a todos... ¡Tal vez sólo a unos cuantos!

—Tu hipótesis es muy atrevida, Luis. ¿Quieres reunir el comité de corrección para exponerla o prefieres que yo misma me recluya en una celda?

—¡Quiero saber la verdad, Eugene! ¡Si averiguamos de qué han muerto esas personas, tal vez encontremos el antídoto! ¡He ordenado a José Herrero que sumerja en helio líquido todos los cadáveres, para su posterior recuperación!

—No sé de qué han muerto, Luis. Estamos tratando de averiguar si la causa está en los últimos alimentos suministrados por mi departamento. Y lo único que hago es perder el tiempo contigo y con otros. Sé mejor que nadie cómo debo actuar en este caso. Demostraré que no tenemos culpa en alimentación. Tienes otros muchos departamentos para investigar. Puede haber radiaciones nocivas, creadas en Física, incluso zonas siderales peligrosas.

—Todos los hombres que han muerto pertenecían al tercer grupo. Esto quiere decir que se alimentaron en el mismo momento. Los demás, vamos a apretarnos el cinturón unos días, sin probar ni agua, mientras descubrimos lo sucedido. Pero lo que más me extraña es que Ernest Coon parece haberse escapado a la muerte, presentando los mismos síntomas que los otros.

«¡Y Coon es tu más allegado colaborador!

—¿Tenía que morir para demostrar inocencia, Luis?

La tajante e incisiva pregunta de Eugene pareció un trallazo.

—No tenía que haber muerto nadie.

—Lo siento. No tengo nada más que decirte. Si me lo permites, seguiremos investigando. Hay mucho trabajo que hacer.

—Aguarda, Eugene. Hay algo más. Tú sabes muy bien que cuando no podemos saber las causas de algo por medios naturales, empleamos los procedimientos paranormales. El doctor Klam y su laboratorio están realizando una psigamma por el procedimiento hiperestésico.

»Uno de los «médiums» ha hablado de un extraño veneno, producido por medio de oxígeno enriquecido. También puede haberse empleado la ferrita iónica...

Luis examinaba intensamente el rostro de Eugene, al hablar. Esperaba descubrir en los inalterables rasgos de ella alguna inapreciable mueca. Pero Eugene Gallard no se inmutó.

—Lo siento, Luis. Si quieres perder el tiempo con esos procedimientos tan

poco científicos, allá tú. Opino que Klam y sus colaboradores son unos charlatanes.

Luis Colman se frotó sus manos enguantadas. Hecho esto, tocó el arma que llevaba al cinto.

—He venido preparado, Eugene. No llevo esta arma por lujo. Si encuentro al causante de esas muertes, yo mismo lo ejecutaré. No voy a tener contemplaciones de ningún tipo.

—¿Me amenazas?

—No te hagas la tonta, Eugene. No lo eres. El caso es grave. Pero yo tampoco lo soy. Ten en cuenta que, si tú has aprendido mucho durante el tiempo que llevas aquí, los demás han hecho lo mismo.

»Yo no he perdido el tiempo. Mi coeficiente intelectual era superior al tuyo y la ley de las progresiones matemáticas no ha variado. Si tenías un seis y ahora tienes un diez, yo que, estaba en diez, debo tener quince.

—¿Qué quieres decirme?

—Es muy simple. Mientras tú has investigado en «biobotánica», yo lo he hecho en psicología y psiquiatría. Y he descubierto muchas cosas que van a sorprenderte.

»¿Sabes, por ejemplo, lo que es un «neurorregistro»?

Eugene Gallard arqueó significativamente las cejas.

—No. Lo ignoro.

—Es una especie de detector de mentiras aplicado al cerebro por procedimientos magnéticos. Las ondas encefálicas son interpretadas por un circuito electrónico, leídas y descifradas por un amplificador de microfrecuencias.

»Es muy sencillo. Se coloca un casco aislante sobre el cráneo, donde se forma un «torbellino» de ondas neurálgicas. Acto seguido, los pensamientos del paciente aparecen registrados en una pantalla, leídos y traducidos.

Eugene empezó a palidecer.

—No sé lo que quieres decirme.

—Muy sencillo. Deseo que te sometas a ese tratamiento. Quiero averiguar lo que sabes respecto a las causas que han motivado las muertes de esos individuos.

—¿Estás bromeando? ¿Crees que yo...?

—Quiero que te sometas a esa prueba, Eugene. Todo lo demás huelga.

—Me niego.

Ambos se miraron intensamente. Luis abrió la funda de su arma, empuñándola.

—Puedo obligarte, Eugene. No me incites a ejecutarte sin pruebas.

Eugene, blanca como la cera, trató de volverse, desviando la acusadora mirada de Luis, pero él la sujetó con la mano, diciendo:

—Mírame. No me rehúyas. ¿Qué es lo que has hecho?

—¡No he hecho nada! —gritó ella desesperadamente.

—Demuéstramelo.

—¡Vamos, pues! ¡Oh, es horrible! ¡Jamás pude imaginarme que llegarías a perseguirme de modo tan implacable y despiadado, por el solo hecho de haber tenido la debilidad de amarte!

—Sospecho que eres incapaz de amar a nadie, Eugene. Vamos al despacho de dirección. Quiero saber lo que hay dentro de tu cerebro.

CAPÍTULO X

Luis Colman sólo trataba de embaucar a Eugene. No poseía ningún «neurorregistro», ni habría sido capaz de emplearlo, en caso de haberlo tenido. Tal procedimiento no existía en la «Sustra-Kamac», y dudaba que existiera en alguna otra parte.

Como ser individual, el hombre se protegía a sí mismo, dentro de su propia psiquis, sin que existiera nada capaz de sacarle de su aislamiento. Desde el viejo detector de mentiras hasta los procedimientos farmacológicos llamados sueros de la verdad, todo había fracasado. Sin embargo, se hablaba de ello como se hablaba de la piedra filosofal y otras utopías del, ingenio humano. Tal vez fueran verdad en el futuro.

Pero Eugene Gallard no podía saber lo que otros habían hecho durante el prolongado viaje hiperespacial. Basado en esta duda y dejándose llevar por sospechas más o menos fundadas, Luis estaba dispuesto a colocar a Eugene en una situación delicada.

Para ello, improvisó una comedia, en la que intervino Ian Jansky con un casco diódico.

Luis llevó directamente a Eugene a su despacho. Allí, la dejó acompañada de Ariana y Juan Alberto Cebrián.

—Voy a prepararlo todo —dijo—. El neurorregistro ha sido experimentado con éxito y, gracias a él, hemos podido profundizar hasta las más recónditas impresiones infantiles.

—¡No trates de asustarme, Luis! Haré lo que tú digas. Y si ese detector funciona correctamente, te convencerás de mi inocencia.

Luis empezó a dudar de que su añagaza surtiera efecto. Sin embargo, no quiso ridiculizarse, aunque tampoco respondió a las interrogativas miradas de Ariana, la cual desconocía sus propósitos.

Puesto de acuerdo con Ian Jansky, Luis y éste regresaron al despacho, llevando un complicado aparato, al que había conectado un casco, el cual pusieron sobre la cabeza de Eugene.

—Las microondas te producirán somnolencia —explicó Luis, seriamente —. Caerás en estado inconsciente y entonces podremos examinar con facilidad tu cerebro. Si eres inocente y mis sospechas no se confirman, la grabación será destruida y nadie, excepto yo sabrá jamás lo que ha discurrido tu cerebro.

«Pero si eres culpable, esta prueba será definitiva, Eugene.

—¡Acabemos cuanto antes! —exclamó ella, con energía.

Ian Jansky procedió a colocar el casco sobre la cabeza de Eugene. Sin exteriorizar su desencanto, Luis comprendió que su ardid no había dado resultado. Nada podía obtener de la mente de Eugene. Ian Jansky podía simular ser un técnico en aquella máquina inútil, pero el resultado no se había dado, ni se daría.

A pesar de esto, lograron hacer caer a Eugene en un letargo provocado

mediante emanaciones de gas somnífero, y luego se entretuvieron unos minutos, fingiendo manipular en la inocua máquina.

Mientras Eugene Gallard dormía, Luis explicó su fracasado propósito a Juan Alberto y a Ariana.

—Es evidente que ella no ha ocasionado esa epidemia, al menos voluntariamente —declaró Luis, con desaliento—. Lo creí, por un instante, al acusarla y ver su palidez.

»Sé que ha investigado mucho en botánica, con el objeto de mejorar nuestros alimentos. Y se me ocurrió que podía haber encontrado algún germen, virus o efecto mortal que, empleado con sagacidad, podía consumar su venganza.

—¡Creo que eres mezquino, Luis! —exclamó Ariana, al oír aquello—. ¿Qué te ha hecho sospechar de Eugene?

—Varios indicios. Todos los afectados pertenecen al mismo grupo. Comieron a la misma hora. Claro que pudo ser un accidente, pero no podemos arriesgar a que ingieran alimentos los otros dos grupos.

—¿Y cuánto tiempo va a durar esto, Luis? —preguntó Juan Alberto—. ¿Qué vas a decir a Eugene cuando se despierte?

—No lo sé. Esperaba un resultado más concreto.

—Yo conozco mejor que vosotros a Eugene —habló Ariana—. Nunca fue mala, sino egoísta. Es incapaz de causar daño a nadie voluntariamente, pero sí de mentir en beneficio propio, burlarse de unos y otros, o al menos era capaz de hacerlo en otro tiempo.

»Todo aquello lo pagó con remordimiento, Luis. Se la encerró, se la humilló y luego se la admitió en su antiguo puesto. Incluso perdió a su esposo. ¿No es suficiente?

—¿Y qué puedo hacer? ¿Debo permanecer cruzado de brazos, a la espera de que esa enfermedad misteriosa acabe con todos nosotros? ¡Es mi obligación intentar, al menos...!

Anna Romain, su secretaria, le avisó por intervisión, que el doctor Klam deseaba hablarle.

Luis acudió prontamente ante la cámara de circuito interior. El parapsicólogo parecía excitado.

—¿Qué ocurre, Klam?

—Tenemos datos importantes, Luis.

—¿Sí, de qué se trata?

—El psigamma de Ular Pram es revelador. Ha descrito, incluso, al hombre que ha transmutado el oxígeno, convirtiéndolo en litio.

—¿Quién es?

—Ernest Coon.

—¡Debí suponerlo! ¡Gracias, doctor Klam! ¡Voy a ver inmediatamente a ese hombre!

* * *

—Sí, yo lo hice —confesó Coon, sonriendo de modo maligno—. Confieso que no esperaba ser descubierto, porque hice las cosas de suerte que yo había de parecer tan víctima como los demás. Mi dosis, sin embargo, fue muy pequeña.

Todo el furor de Luis Colman parecía haberse disipado ya. Con voz tranquila, preguntó al hombre que yacía en el lecho de la enfermería, junto a cuya cabecera permanecía un atónito doctor Faller:

—¿Puedo preguntar la razón?

—La respuesta es muy simple —contestó Coon—. Deseaba vengarme de todos vosotros. Hace años que llevo el rencor oculto en el pecho. ¿Lo comprendes, Luis?

—Sí. Y fui tan necio que sospeché de Eugene.

—Ella es inocente. Aunque utilicé el laboratorio del departamento alimentario para hallar la conversión del oxígeno en litio. Es curioso, ¿eh? No se trata de un veneno, sino de una acción que los médicos no podían descubrir. La inestabilidad del átomo de oxígeno me dio la idea. Lo ionicé y lo administré en la comida del tercer grupo. Una vez ingerido, dentro del organismo, se produjo la reacción.

»Yo había hecho la prueba con conejillos de Indias, en el laboratorio —Ernest Coon miró fijamente a Luis—. Quería dejarte para el último. Lástima, ¿eh?

—¿Pueden volver a la vida todas esas personas?

—No.

—¿Han muerto definitivamente?

—Si hay alguien capaz de resucitarlo, supongo que debe ser Dios. Ha sido un cambio de metabolismo, al que no han podido aclimatarse. Sus cerebros también han quedado afectados.

—¡Tú vas a correr la misma suerte, Coon! —dijo Luis, inflexiblemente.

—Es lógico. Y no me importa. Pensé incluso en que estaba haciendo una tontería.

—¡Un monstruoso crimen!

—Tu madre y el doctor Miller, al hacerme vivir tanto tiempo, cometieron otro conmigo —replicó Coon.

—¡Tú fuiste voluntario a esta expedición! —exclamó Luis.

—Sí, sí, es cierto. Todos hemos venido voluntariamente. Era una novedad maravillosa vivir tanto. Pero ignorábamos que el hombre ha nacido para evolucionar lentamente, y no de modo tan brusco. Habríamos podido soportar perfectamente un promedio de ciento cincuenta años. Dentro de cierto tiempo, las nuevas generaciones habrían podido vivir doscientos años. Pasar de cien a mil ha sido un error.

—No me interesan tus opiniones, Ernest Coon. Vas a comparecer ante el comité de corrección y voy a pedir que seas ejecutado.

—Bueno.

—¿Parece que te alegras?

—Pues, sí. En un principio quise vengarme. Luego, llegué a creer que hacía un favor a mis compañeros. Este viaje sin destino carece de objetividad. No llegaremos a ninguna parte. Sólo nos mantiene vivos el miedo a morir. Pero yo he vencido ese miedo. ¿Queréis seguir viviendo en la desesperanza? ¡Peor para vosotros!

—¡Estás loco, Coon! ¡Pero eso no te librará del castigo!

Ernest sonrió y se encogió de hombros.

—Tú eres el jefe... Haz lo que quieras, Luis. ¿Quién puede discutir contigo? Siempre has dirigido esta nave, como un «homo stelaris». Sagaz, hábil, consciente, responsable... ¡Ah, un gran hombre! Llegarás a tu destino y te encontrarás con mundos vacíos. Si existió alguna civilización, ya no quedará ni vestigio de ella. ¿Y a quién puede importar?

—A nosotros, Ernest. Podemos revivir el pasado. Alguna vez, nuestros descendientes establecerán el puente entre el pasado y el presente. Por eso hemos venido.

—No. Todos los que nos encontramos aquí, excepto los que han nacido después, aceptaron venir para vivir mil años, para convertirse en héroes de la humanidad. Querían ser halagados allá, en la Tierra. Luego, pasó todo.

»Ya no somos los mismos que salimos. Nos hemos transformado. La vida no nos importa...

—¡No dices más que tonterías! —replicó Luis, indignado—. Todos, excepto tú, son conscientes del sagrado deber para el que hemos sido elegidos. No puedo creer que existe en tu mente un asomo de razón.

»De acuerdo en que nuestras vidas no importan, pero no por ello hay que aniquilarlas de modo tan estúpido como tú lo has hecho. Aunque no encontremos nada en M 31, era necesario hacer el viaje.

»Ni siquiera vivir es importante... ¡Pero mucho menos es como tú lo has hecho!

Al terminar de decir esto, Luis se volvió al doctor Faller, añadiendo:

—Te hago responsable de él, Frank. Enciérrale a buen recaudo. Cuando esté restablecido, será juzgado: Voy a ver si es posible hacer algo por los muertos, ahora que conocemos las causas.

—No pierdas el tiempo. He estudiado bien los efectos del litio —dijo Ernest Coon—. Ninguno volverá a la vida.

El homicida tenía razón. Todo cuanto se hizo por los cadáveres sumergidos en helio líquido fue inútil.

Al final, después de infinidad de pruebas, Luis hubo de ordenar la cremación y destrucción de todos ellos.

Por otra parte, el comité de corrección dispuso que Ernest Coon muriera del mismo modo que lo habían hecho sus víctimas. Y le obligaron a ingerir una dosis de su propio veneno.

Murió a las pocas horas, temblando de frío, pero convencido de haber querido ayudar a los tripulantes de la «Sustra-Kamac», cuyo viaje parecía carecer de objetivo.

—¡Sois unos necios! —dijo en el último momento, de lo cual tomó nota Ariana—. Prolongar inútilmente la vida es estúpido. Lo que hacéis es prolongar la agonía. No hallaréis nada. El pasado ha muerto.

»Si alguien llegó a la Tierra, miles de siglos atrás, ya no puede existir. Todo nace y muere, incluso las civilizaciones más avanzadas. A nosotros no nos interesa conocer el pasado. Y penetrar en el futuro de este modo también es inútil... ¡No hay nada que nos pertenezca en esos mundos de Andrómeda! ¡No hay nada!

* * *

Seiscientos años solares tardó la «Sustra-Kamac» en llegar a la Galaxia M 31. Para entonces, la tripulación estaba compuesta ya por dos mil personas, la mayoría de las cuales habían atravesado la barrera normal de la vida, porque los genes transmitidos por la «Fórmula 10», de padres a hijos, demostró que la continuidad era mucho más dilatada que lo supuesto por Luisa María Cambra y Clint O. Miller.

Los hijos de Luis Colman y Ariana, en número de quince, estaban perfectamente dispuestos para vivir mil años o más.

Ya no importaba penetrar en Andrómeda y encontrar mundos muertos, si es que los hallaban. Habían descubierto que dos seres a los que se les hubiera inoculado la «Fórmula 10» transmitían la longevidad a sus descendientes, por lo menos, hasta la tercera o cuarta generación.

Y de esto, se informó debidamente a la Tierra, por medio de mensajes radioastronómicos que debía recoger, alguna vez, la estación de Kantville.

Pero la maldición de Ernest Coon pareció cumplirse, porque la Galaxia M 31 estaba deshabitada. Cuando se exploraron los primeros sistemas solares, se encontraron con mundos extraños, semejantes a los de la Vía Láctea. Estrellas radiantes con su corte de planetas, de todas dimensiones. Mundos que se ignoraba si estaban muertos o todavía no habían llegado a la vida.

Durante los primeros cien años, la «Sustra-Kamac» exploró y clasificó más de diez mil de tales mundos y astros, en todos los cuales dejaron, como se estableció siglos atrás, antes de despegar de la Tierra, los gérmenes de vida que debían reproducirse en condiciones ambientales favorables.

Todo cuanto se hizo fue anotado y grabado, enviando copia al espacio, para que las ondas lo transmitieran a la Tierra o a otros mundos que pudieran estar interesados en la experiencia.

Pero, al fin, Yan-Kuang descubrió, un día, en la pantalla positrónica, lo que parecía increíble. Inmediatamente, ordenó llamar a Luis Colman, que dormía en su cabina.

—¿Qué ocurre, Yan?

—¡Lo encontramos, Luis! ¡El primer mundo civilizado!

A Luis le faltó tiempo para acudir a la cabina de dirección astronómica, donde se reunió un tropel de gente, ávidos todos por contemplar lo que Yan-Kuang había descubierto en la pantalla de exploración exterior.

Luis Colman quedó extasiado ante el maravilloso espectáculo de un gran planeta, posiblemente tres o cuatro veces mayor que la Tierra, en cuya superficie se veían fabulosas construcciones de arquitectura extraña.

La imagen estaba considerablemente ampliada, Luis comprobó que la visión de la pantalla auxiliar parecía estar recogida desde unos cien kilómetros de altura. En realidad, se encontraban a más de medio millón de kilómetros de distancia.

—¡Es un mundo habitado! —exclamó Luis, extasiado.

—No diría yo tanto —replicó Yan-Kuang—. Al menos, estuvo habitado. Pueden ser ruinas.

—¿Y estaría en esas condiciones? ¡Fíjate qué ciudades, Yan!

Podía apreciarse perfectamente, gracias a cinco lunas que reflejaban la luz del sol, la geométrica distribución del planeta. Se veían cintas plateadas, de miles de kilómetros, como bandas metálicas que unían unas poblaciones con otras. La coloración era maravillosa: verde, amarilla, roja, azul, rosa. Pero las urbes todas parecían de acero o plata.

—Eso es un mundo muerto —informó uno de los físicos—. No hemos captado la más mínima radiación magnética. No hay bioplasma, ni calor.

—Esperemos al reconocimiento sobre el terreno, Barber —dijo Luis—. Puedes imaginar que existe otro medio de vida.

—Es posible. Pero las gentes que hayan construido todo eso deben conocer la electricidad y el magnetismo.

—Tal vez no. ¿Y si ha sido superado? La Tierra no era así cuando salimos de ella.

Ariana llegó también, a medio vestir, y se acercó a donde estaba su marido. Sus ojos se agrandaron al contemplar la imagen de la pantalla.

—¿Estoy soñando, Luis?

—No, querida. Esto es lo que buscábamos... ¡Un planeta habitado!

—Sí sus habitantes no están ahí, no hace mucho que se han ido —añadió Ian Jansky—. Es evidente que no se trata de ruinas.

—Jamás he visto arquitectura igual —comentó Juan Alberto Cebrián—. Ahora es cuando pienso que valía la pena haber vivido tanto para poder ver esto.

No había mares, ni ríos, ni siquiera montañas. Todo el hemisferio visible estaba cubierto por más de un centenar de grandes poblaciones, unidas entre sí por lo que parecían vías colgantes. Ni nubes, ni polvo, ni siquiera aire o casquetes polares.

Era un planeta del tamaño de Urano o Neptuno, con cinco satélites luminosos, que parecían artificiales, que a medida que se fueron conociendo los detalles de sus urbes, dejaron atónitos a los visitantes del cosmos.

¡Y que estaba deshabitado!

«Parece un espejismo —escribió Ariana Oderstein aquel mismo día—. Hemos acercado la visión hasta un par de kilómetros de altura y admirado una maravillosa población metálica, de avenidas desiertas, pero sin polvo. ¡Sólo

Dios sabe los siglos que puede haber permanecido así!

»Luis Colman ha dicho que exploraremos ese mundo y estudiaremos su pasado. Se han de efectuar las pruebas convenientes. Nos extraña que el polvo cósmico no lo haya cubierto todo y eso nos hace suponer que aquí existe algún misterio. Tal vez haya alguna especie de campo, de tipo ultra magnético, protector, porque todo parece nuevo.

»Ignoramos si posee atmósfera, pero, desde luego, es raro que no se vea a nadie por sus limpias avenidas. Tampoco hay árboles, ni plantas, ni ningún género de vida.

»Y, sin embargo, todo parece recién construido. No sabemos si esos edificios, o lo que sean, encierran restos de seres humanos. Las casas no son como las nuestras. Hay una arquitectura sorprendente, pero muy armónica y bella. Y todo es metálico. Voy a tratar de describir algo como una alta torre que se eleva en el centro de esa ciudad. Forma, en conjunto, una especie de cubos con los ángulos rematados, en forma triangular, entrelazados maravillosamente y unidos entre sí por los ángulos. Todo parece desafiar el equilibrio, elevándose a más de quinientos metros de altura. Su base, que no puedo apreciar muy bien, parece ser pequeña.

»En torno a esta caprichosa torre hay una gran estrella, que deben ser avenidas, ¡y que todos coinciden en que es extrañamente parecida a la estrella de Salomón, o sea los dos triángulos inscritos!

»Y no se aprecian sombras, debido a la luz, procedente de varios satélites a la vez. Todos estamos ansiosos por aterrizar y reconocer de cerca este fabuloso mundo. Después de tantos planetas deshabitados, este hallazgo nos parece lo más sensacional y extraordinario.

»¿Es en este mundo donde nació la civilización que nos fue transmitida? ¿Volvemos al planeta de donde partieron nuestros antepasados, Dios sabe cuándo?

»Confiamos en poder conocer la verdad dentro de poco.»

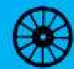
FIN

BOLSILIBROS TORAY




TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas


HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.

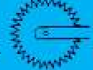

RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas

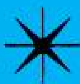
GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas


ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.